

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

rosas negras de para morir

CURTIS GARLAND



Contempló el teléfono.

Dudó. No sabía si descolgarlo y llamar. O dejarlo como estaba, no acercarse a él, no marcar ningún número, no hablar con nadie.

Se pasó una mano por el rostro. La retiró mojada. Su piel estaba húmeda de sudor. Especialmente en la frente, surcada de arrugas profundas. Notaba frías gotas deslizándose hasta sus cejas.

Sin embargo, no hacía calor. Por el contrario, la noche era desapacible y brumosa. Había llovido con cierta intensidad por la tarde y, de ser cierto lo que dijera el meteorólogo en la televisión, volvería a llover fuertemente durante la madrugada.



Curtis Garland

Rosas negras para morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1352

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Rosas negras para morir*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Contempló el teléfono.

Dudó. No sabía si descolgarlo y llamar. O dejarlo como estaba, no acercarse a él, no marcar ningún número, no hablar con nadie.

Se pasó una mano por el rostro. La retiró mojada. Su piel estaba húmeda de sudor. Especialmente en la frente, surcada de arrugas profundas. Notaba frías gotas deslizándose hasta sus cejas.

Sin embargo, no hacía calor. Por el contrario, la noche era desapacible y brumosa. Había llovido con cierta intensidad por la tarde y, de ser cierto lo que dijera el meteorólogo en la televisión, volvería a llover fuertemente durante la madrugada.

A pesar de ello, su piel transpiraba. Le ahogaba el cuello de la camisa, la corbata... Desabotonó aquél y aflojó el nudo de ésta. Fue al mueble-bar y se sirvió un *brandy*. Lo apuró casi ansiosamente, como si tuviera la garganta reseca, ávida de licor. A pesar de que no era bebedor, a pesar de que ni siquiera le gustaban los licores como el *brandy*...

No se sintió mejor. Solamente con un leve ardor en su estómago y en la garganta. Había bebido demasiado deprisa. Tosió. Regresó a su asiento, sin quitar la mirada del teléfono. Se detuvo de pronto. Junto a la mesita que le servía de soporte.

Tomó una repentina decisión. Descolgó. Marcó un número. Lo sabía de memoria. Lo había leído varias veces, cuando tuvo la primera idea de hacer aquello: Whitehall, 12-12 [1].

Esperó. Una voz le contestó mecánicamente:

—Scotland Yard. ¿Quién habla?

Se mantuvo con el teléfono pegado a su rostro, el auricular sobre su oreja, el micrófono pegado a sus labios entreabiertos. Jadeó, disponiéndose a hablar. La pausa se prolongó.

—¿Quién es? —insistió la voz del operador—. ¡Responda! ¿A quién llama? ¿Le ocurre algo?

Una vez más aquella duda. Roncamente, logró articular unas palabras, muy pocas:

—Por favor, con la Brigada de Homicidios. Es urgente...

—Espere. Le pongo. ¿Cuál es su nombre, su teléfono, por favor?

Miró el teléfono. Apretó los labios. Las gotas de sudor resbalaban ahora por sus pómulos. Bruscamente, apartó el teléfono de sí, cuando la voz apremiaba ya:

—Vamos, conteste, señor. ¿Su nombre, su teléfono? ¿Qué le pasa? Tiene que...

Colgó. Bruscamente. Casi con violencia, puso el teléfono en su horquilla. Se cortó toda comunicación. Quedóse mirando hacia el aparato, con ojos dilatados. Se enjugó el sudor con el pañuelo, resopló y caminó torpemente hacia la ventana. Se apoyó en el vidrio, alzó la cortina de tejido translúcido, miró a la calle, a sus pies.

La farola de la esquina inmediata hacía brillar como charol negro el asfalto londinense, húmedo de lluvia. Rodó un coche, salpicando agua de un charco junto a la acera. La neblina flotaba como una gasa turbia por encima de luces y personas, difuminando las formas en la distancia. A través de ella, letreros luminosos y escaparates se dibujaban con destellos de colores, vivos y diferentes.

No descubrió a nadie en la calle. Una pareja tomaba un taxi al otro lado de la calzada, tras salir de un bar con fluorescente verde lívido en la fachada. Un *policeman* apareció por la esquina, paseando apaciblemente calle abajo. Estuvo tentado de abrir la ventana, asomarse y gritar, pidiendo ayuda al *policeman*. La idea era disparatada, y la alejó en el acto de su mente.

—¿Qué le podría decir? —murmuró con voz ronca—. Después de todo, ¿qué podría yo decirle a ese agente, aunque subiera aquí, pretendiendo ayudarme? El no puede hacer nada. No le es posible protegerme. Ni él ni nadie...

Se echó atrás, alejando de sí la absurda idea. Era ridículo confiar en que aquel simple patrullero pudiese salvar su vida. Ni siquiera todo Scotland Yard podría hacerlo. No en su caso.

—¿Qué podría decirles? —musitó, mientras caminaba torpemente, con paso tambaleante, hacia el asiento del *living*, en el que se dejó caer con pesadez—. ¿Que alguien va a asesinarme esta noche, esté yo donde esté, me oculte donde me oculte? ¿Y qué más podría añadirles? ¿Que ni siquiera sé cómo me matarán? ¿Que ignoro quién será la persona que me ataque? Sería ridículo. Me tomarían por loco. No me harían el menor caso. Después de todo, ¿qué forma

tengo de probarles que, realmente, estoy sentenciado a muerte? ¿Es que para ellos tendría eso algún sentido?

Se estiró en el sofá, alcanzando un pequeño mueble con soporte de libros y de revistas a su final. Abrió una pequeña gaveta, introdujo la mano en ella... y cuando ésta reapareció, estrujaba algo que crujió blandamente entre sus dedos crispados.

Los ojos se fijaron, dilatados, medrosos, en el singular objeto que esgrimía, como una incongruencia. Lo dejó caer en la alfombra, a sus pies. El color resaltó, sobre el rojo de la moqueta. Se quedó contemplándolo fijamente, como obsesionado.

Era una flor. Una flor intensamente negra.

Una rosa. Una rosa negra de sedosos pétalos. Una perfecta reproducción artificiosa, hecha en terciopelo. Negros pétalos de terciopelo para una rosa artificial. Una negra rosa que significaba la muerte. Pero eso sólo él lo sabía.

* * *

El pie pisoteó furiosamente la pieza caída en la moqueta. Deformó la negra flor. Con rabia, casi ensañándose en ello.

Luego, apartó el pie, se alejó unos pasos, tambaleante, con rostro crispado, mirando con odio al bello objeto maltratado.

—Si fuese tan fácil... Tan fácil como esto... —murmuró, ronca su voz—. Si pudiera del mismo modo aplastar toda posibilidad de..., de...

No se atrevió a seguir pensando en voz alta, a mencionar la frase terrible:

«... Toda posibilidad de morir, de ser asesinado en breve...». Asesinado.

Era su destino. Irremisible. Lo sabía. Lo supo desde que abrió el paquete postal dirigido a su nombre, y depositado en una estafeta de Chelsea, según el matasellos. La caja de fuerte cartón que contenía, había resultado ser el recipiente de un extraño obsequio mortal: la rosa negra.

Él sabía lo que eso significaba. Otro quizá no hubiera entendido una sola palabra, pensando en alguna campaña publicitaria ingeniosamente montada por correo. No, no era eso. Ni ninguna otra cosa. Era, sencillamente..., la Muerte.

La Muerte con pétalos de terciopelo negro. Una falsa y bella rosa que significaba una víctima. Su receptor no podía equivocarse. El remitente sabía eso cuando depositó el envío postal. Sabía lo que pensaría él, la interpretación que daría a aquel regalo misterioso.

—Oh, Dios, ¿es que no puede hacerse nada por evitarlo? —jadeó roncamente, dando paseos de fiera enjaulada por todo lo largo y ancho del *living*. Un roce en los cristales le sobresaltó entonces. Giró la cabeza hacia la ventana.

Eran gotas de agua tamborileando en los vidrios. Empezaba a llover otra vez, tal y como predijera el hombre del tiempo en la televisión. Una noche londinense, de lluvia y neblina, de frío y humedad, de calles desiertas y de silencio. Una noche para morir. Una noche para sentirse atenazado por el dogal del miedo, de la angustia, del terror a lo inexorable.

Inexorable... ¿Por qué tenía que serlo? ¿Por qué era imposible huir a la muerte? Estaba en medio de una gran ciudad, rodeado de millones de seres a quienes podía pedir desesperadamente ayuda. Y sin embargo..., ¿de qué serviría eso? Pese a todas las ayudas imaginables, pese a la policía, a cuantos quisieran proteger su vida del peligro, éste llegaría de todas formas. Lo sabía. Conocía otros casos. Otras personas que también recibieron la negra rosa de muerte...

Otras personas... que ya estaban muertas. Muertas violentamente. Por la misma mano ejecutora. Por el mismo asesino. Por el remitente de las rosas negras...

La lluvia arreciaba por momentos. Las gotas de agua corrían, como lágrimas copiosas, por los vidrios de la ventana. El ruido del tráfico se hacía más escaso, a medida que el aguacero aumentaba.

El hombre tomó una brusca determinación. Se inclinó, tomando un pequeño magnetófono a pilas de un estante. Le acopló el micrófono y comprobó que la *cassette* que contenía era de cinta virgen. Lo puso en funcionamiento, tras una breve duda.

Y comenzó a grabar:

—Soy Dennis G. Leighton. Empiezo a grabar en la noche del 15 de octubre de 1975... En mi casa de Londres, justamente a las... —consultó su reloj—. A las

ocho y veinte minutos de la noche. Estoy esperando la muerte. La muerte, que no puede tardar en llegar. Estoy sentenciado a morir. Y nadie puede evitarlo. He telefoneado a Scotland Yard, pero me arrepentí y colgué, sin informar de nada. Después de todo, no hubiera valido la pena. No conduce a nada informar de lo que va a sucederme. Ni ellos ni nadie podrá evitarlo. Es una sentencia inapelable. El asesino siempre cumple lo que promete, al enviar su rosa negra. Yo lo sé. Otros lo supieron antes que yo. Soy el cuarto. Exactamente el cuarto... Tres han caído antes que yo. Los tres recibieron la misma rosa negra. Y ese día murieron. No lo pudo evitar ninguna de las víctimas. Uno intentó escapar. Otro avisó a la policía. El tercero, no sé lo que hizo. Creo que alquiló a unos detectives privados, o quizá a unos pistoleros, no estoy seguro. Lo que sí sé es que también murió en la fecha señalada.

Hizo una pausa. Respiró con fuerza. La cinta magnética giraba silenciosamente en la grabadora. Prosiguió luego, con lentitud:

—Quiero, cuando menos, dejar aquí el informe exacto de cuanto sé acerca del asunto, de las razones por las que yo he sido sentenciado a morir por un asesino que jamás falla en sus siniestras intenciones... No sé si esto servirá para impedir que otros sean asesinados como yo mismo, o para dar caza al criminal. Pero cuando menos, hay que intentarlo. Hay que evitar que esto siga adelante hasta el fin, hasta que la última rosa negra encuentre su destinatario... Ni siquiera puedo estar seguro de que esta grabación llegue a ser escuchada por alguien. Tal vez el asesino sea demasiado listo para permitir que una prueba quede detrás de él, para acusarle, para señalarle de alguna forma, o para impedir que cumpla su macabra tarea

hasta el fin.

»Porque yo, Dennis G. Leighton, admito haber sido digno de morir de este modo. Confieso que cometí algo por lo que debo pagar con la vida. Casi no he sentido sorpresa al enterarme de lo inevitable. En cierto modo, lo esperaba. Subconscientemente, estaba seguro de que este momento tenía que llegar. Y ha llegado. Lo sé.

»Mi vida ya cuenta poco. Es la de los demás la que pretendo salvar al precio que sea. Sólo eso trataré de hacer con esta grabación. No se me ocurre otra cosa. Dios quiera que la muerte me de tiempo de terminar este mensaje que espero llegue alguien a escuchar, después de mi muerte.

»La razón de que yo haya sido sentenciado por un asesino, es difícil de explicar. Todo resulta tan complicado, tan extraño... Pero trataré de exponerlo con la mayor sencillez posible.

»Todo comenzó cuando...

Dennis G. Leighton nunca terminó su mensaje. Ahí se detuvo para siempre. La muerte llegó a su apartamento. Justo entonces.

CAPÍTULO II

El agente de policía Derek Lee estaba cumpliendo su rutinaria misión nocturna cuando aquello sucedió.

En realidad, no había esperado que ocurriese nada durante su ronda habitual, salvo los acostumbrados incidentes de siempre: algún borracho escandaloso, una posible pelea, o un accidente de tráfico sin consecuencias demasiado graves. Contra lo que muchos opinaban, el trabajo de un policía no siempre está lleno de grandes emociones ni de misteriosos sucesos. Ni siquiera en una ciudad como Londres.

Sin embargo, aquella noche fue diferente para el joven agente Lee. Porque justo cuando deambulaba ante un edificio en el que se veían ventanas iluminadas, en una zona céntrica del Strand, tuvo lugar la formidable explosión.

Tras el estampido, se percibió el estrépito de vidrios, y la calle se llenó de humo y del resplandor de las llamas que brotaban por los destrozados huecos de aquellas ventanas, poco antes iluminadas, y ahora sumidas en total oscuridad.

La primera idea del agente Lee fue de que, una vez más, los miembros del IRA irlandés habían hecho de las suyas, en su campaña de terrorismo contra los ciudadanos ingleses. Hizo sonar agudamente su silbato, al tiempo que corría al teléfono más próximo y avisaba a los bomberos. Luego, regresó a la carrera al edificio donde tuviera lugar el siniestro, y, apartando a los curiosos, se precipitó escaleras arriba, hacia el piso donde antes había luz, y ahora solamente resplandor de un incendio y una densa humareda negruzca.

Cargó contra la puerta, logrando abrirla al tercer intento, con un crujido formidable que astilló la madera e hizo saltar la cerradura. El joven Lee era un agente atlético y vigoroso, y una puerta no era gran obstáculo para él.

Lo que descubrió dentro no era gran cosa, dada la oscuridad, que sólo las llamas, prendidas en muebles y cortinajes, disipaban en parte, aunque no demasiado, a causa del humo oscuro y espeso.

Recurrió el agente Lee a su potente lámpara eléctrica, cuyo chorro de blanca luz se deslizó por todo el piso, barriéndolo de lado a lado. Así descubrió el cuerpo del hombre.

Con una sorda imprecación, el agente uniformado penetró en el piso, sin preocuparse del doble peligro que significaban el fuego y la asfixia, para tratar de auxiliar al individuo tendido en la alfombra, no lejos de las llamas.

Logró cargar con él, y tosiendo y jadeando, envuelto en el irrespirable humo del incendio provocado tras la misteriosa explosión, posiblemente originada por algún escape de gas, regresó al exterior del piso, apresurándose a descender las escaleras para depositar en la acera el cuerpo rescatado, con la intención urgente de practicarle la respiración artificial y recurrir luego a una ambulancia, con la máxima urgencia.

Pronto se dio cuenta de que todos sus esfuerzos, en uno u otro sentido, resultarían totalmente inútiles.

El hombre estaba muerto.

* * *

—Muerto...

—Sí. La explosión causó su muerte. No se asfixió ni abrasó. Murió instantáneamente, a causa de las heridas gravísimas sufridas en su cráneo y tórax. Evidentemente, reventó por dentro, aparte los destrozos en su masa encefálica y rostro. El explosivo fue muy poderoso. Pero no dejó huellas de metralla ni nada parecido. Yo diría que se utilizó algo así como nitroglicerina. O una carga plástica, de las que usan los terroristas.

—¿Pudo ser un acto terrorista?

—Siempre puede serlo, evidentemente. El hecho de que ese hombre, identificado como Dennis G. Leighton, nada tuviera que ver con los irlandeses, católicos o protestantes, nada quiere decir por sí mismo. Las represalias de los terroristas no tienen sentido la mayoría de las veces, y son sólo una forma de provocar el pánico, de hacerse publicidad a sí mismos... o de devolver golpe por golpe, cuando se consideran dañados por alguna medida del Gobierno británico.

—De modo que, personalmente..., usted no cree en una acción del IRA, pongamos por caso —comento, pensativa, la joven periodista

que interrogaba al inspector-jefe de New Scotland Yard, Mark Hildern, de la Brigada Especial de Homicidios.

—No. Rotundamente, no —movió la cabeza el inspector Hildern, de un— lado a otro. —Pero no es una opinión oficial, señorita Barrow. De modo que de poco puede servir a sus lectores.

—¿Ninguna teoría oficial, por tanto?

—Ninguna. El explosivo era potente, pero no de gran radio de acción. Parece obvio que sólo se situó allí para matar a quien ocupara el apartamento, y nada más. Los destrozos han sido grandes en un pequeño círculo, y mucho menos en los puntos distantes del lugar donde estalló la carga explosiva.

—¿Dónde se supone que estaba situada esa carga, inspector?

—No hay certeza absoluta. Pero un sofá está brutalmente destrozado, hecho añicos prácticamente. Y junto a él, una mesita pequeña, un objeto electrónico, que sin duda fue un magnetófono, pero del que apenas si quedan unos trozos difíciles de identificar... Yo diría que el explosivo pudo estar conectado a ese aparato electrónico y que, en determinado momento, se accionó y provocó la catástrofe, matando en el acto a quien manipulaba el supuesto magnetófono. Además... —Se detuvo, al sonar el timbre de su teléfono, y lo atendió con una disculpa cortés—: Con permiso, señorita Barrow. La atenderé seguidamente...

Ella asintió con un gesto. El inspector-jefe escuchó lo que le comunicaban, respondió con secos monosílabos, y luego colgó, con gesto ceñudo. Alzó la cabeza. Se quedó mirando a su joven visitante, la pelirroja muchacha que anotaba con rápida taquigrafía los datos que él le había ido dando.

—Señorita Barrow, hay una confirmación a mis palabras —suspiró—. Acaban de informarme desde el laboratorio.

—¿Y esa novedad es...?

—Relativa al explosivo. Estaba, ciertamente, conectado a un sistema electrónico. El aparato destrozado era un magnetófono. Dennis G. Leighton hizo funcionar el mismo, y sin saberlo activó la carga plástica. Que, evidentemente, se hallaba *dentro* del sofá, cuidadosamente oculta, según los expertos. Ahora sabemos que se trata de un asesinato perfectamente premeditado. Y cuidadosamente preparado en sus detalles más nimios. Los procedimientos utilizados parecen descartar por completo a un

comando terrorista de cualquier tipo. Pero claro está, de esto no estaremos seguros hasta saber por qué se preparó tan minuciosamente la muerte de ese hombre. Ante todo, tenemos que saber quién era él, y cuáles podían ser sus enemigos. ¿Suficiente por ahora, señorita Barrow?

La joven periodista sonrió, cerrando su bloc de apuntes. Asintió, poniéndose en pie.

—Sí, inspector. Gracias por todo —dijo, risueña—. Ha sido muy amable conmigo.

—Me gusta ser sincero con la prensa —respondió el inspector Hildern—. Sobre todo, cuando ésa prensa está representada por una mujer tan bonita como usted.

—Es muy amable, inspector, y no sólo en lo profesional —rió ella de buena gana, estrechando su mano cordialmente—. Hasta siempre. Y suerte en sus investigaciones...

—Gracias. La vamos a necesitar —suspiró el policía, moviendo la cabeza—. No sé por qué, tengo la impresión de que éste va a ser un caso mucho más difícil de lo que en principio parecía...

Hazel Barrow, del *Sunday*, abandonó la oficina del inspector-jefe Hildern, pensando para sí que el policía tenía razón. Su instinto periodístico, habituado a detectar problemas como éste, le decía que, en efecto, la muerte de Dennis G. Leighton, podía ser un auténtico misterio durante mucho tiempo.

Llegó a la calle y subió a su automóvil, el práctico y pequeño «Morris» rojo, lanzándose por Victoria Embankment, hacia el Strand.

—Supongo que lo primero de todo, será conocer la clase de persona que era realmente el hombre llamado Dennis G. Leighton... —se dijo a sí misma, pensativa.

* * *

—Dennis G. Leighton. Cincuenta y dos años. Representante comercial de una firma de productos alimenticios. Viudo. No se le conocían relaciones amorosas con ninguna mujer determinada. Prefería ir de vez en cuando a algún club y buscar alguna aventurilla. Situación económica aceptable. Una cuenta corriente bancaria dando un saldo de mil ochocientas libras, y una cartilla de

ahorros con otras quinientas libras, así como un seguro de vida cobrable en vida, y con inversiones en Bolsa, por valor de cincuenta mil libras. Sin otro beneficiario que él mismo. Y sin especificación alguna para caso de muerte. Si tiene algún pariente, cobrará ese seguro, con un gran descuento por impuestos del Gobierno. Es todo. —¿Absolutamente *todo*? —se sorprendió Hazel Barrow, mirando con sorpresa a su colega del archivo del *Sunday*—. ¿No has encontrado nada más, relativo a ese hombre?

—No, nada más. Vivía solo, no tenía enemigos y no tenía problemas de ninguna clase.

Ése es el tipo, Hazel.

—A un hombre así, no hay motivo para matarle, Jimmy.

—Claro que no. Pero le han matado, y eso es lo que cuenta.

—Pudo ser un error.

—Claro. Pudo serlo. Pero ¿crees que se equivoca uno cuando prepara tan minuciosamente un explosivo en una casa ajena? Sin duda debieron comprobar todo antes de actuar...

—Entonces, no lo entiendo —confesó Hazel, con un suspiro.

—Me temo que tampoco la policía —sonrió el joven de los archivos periodísticos—. Hazel, lo que tienes que hacer es dar noticias a los lectores, no investigar por tu cuenta.

—Me gustaría dar la exclusiva a mis lectores, Jimmy. Poderles decir por qué murió ese hombre... y quién lo mató.

—Me parece que pides demasiado —rió Jimmy, cerrando el cajón de donde extrajera los datos sobre la víctima del crimen—. Confórmate por el momento con decir igual que todos los demás colegas.

—Sí, me temo que eso es lo que tendré que hacer... —suspiró Hazel, arrugando su ceño con aire de disgusto.

Un momento después, sonaba el teléfono de su mesa de trabajo. Lo descolgó, con aire distraído, sumida en pensamientos sobre el asunto de que iba a informar a sus lectores en la siguiente edición del *Sunday*.

—*Sunday*— dijo, abstraída. —Hazel Barrow, sección de sucesos...

—Señorita Barrow, soy el inspector-jefe Hildern —sonó una voz familiar al otro extremo del hilo.

—¡Inspector! —Se reanimó ella, incorporándose, con auténtico interés ahora por la comunicación establecida—. Es un placer oírle.

¿Sucedo algo nuevo, quizá?

—Bueno, muy noca cosa, pero... creí interesante que usted lo supiera. Más que nada, para que le de publicidad en su artículo. No sabe uno nunca de qué puede servir airear ciertos detalles, cuando éstos no encajan demasiado en un asunto, ni tienen sentido para nosotros, los policías.

—Me hace usted sentir más impaciencia cada vez, inspector. ¿De qué se trata, exactamente?

—De un hallazgo extraño, entre los restos del apartamento donde tuvo lugar la explosión. Nuestros técnicos entregaron a laboratorio todo cuanto hallaron allí, y tras una serie de procesos químicos, reconstrucciones y análisis exhaustivos, se va informando detalladamente de todo aquello que resulta reconocible, aun tras el destrozo sufrido. Recientemente, he sido informado de que un objeto incoherente, hallado en la alfombra, en una zona no demasiado afectada por la explosión, ha podido ser identificado y reconstruido, gracias a los restos chamuscados que nuestros expertos han investigado.

—¿Y ese objeto es...?

—Una rosa negra.

—¿Una... *qué*? —se asombró Hazel.

—Una rosa negra de terciopelo. Pisoteada por alguien, casi rabiosamente. Medio quemada. Pero reconocible. Señorita Barrow, ¿tiene para usted algún sentido eso?

—No, ninguno —confesó la joven periodista, desconcertada—. De cualquier modo, habría que averiguar lo que eso significa. Una rosa negra de terciopelo... ¿Qué puede pintar en este asunto una rosa negra?

* * *

—Una rosa negra... Una rosa de terciopelo negro... ¿Qué significa esto?

Ryan Anders, *junior*, contempló el extraño objeto extraído del recipiente de cartón blanco, bien envuelto en el paquete postal que acababa de recibir. Sacudió la cabeza, con gesto de profunda perplejidad.

Luego, miró al fondo de la caja. Observó que la pieza no venía sola.

Una tarjeta sin nombre alguno impreso aparecía en su fondo. La tomó Ryan con mano firme. Leyó, asombrado, el texto allí trazado con rotulador y letras mayúsculas, muy claras:

«ERES EL QUINTO DE LA LISTA. NO IMPORTA LO QUE HAGAS.
VAS A MORIR COMO LOS DEMAS. COMO TODOS.
»LA ROSA NEGRA».

Ryan Anders depositó ambas cosas sobre la mesa. Las estudió atentamente, con gesto reflexivo, tratando de entender algo. Luego, miró el paquete postal. Había sido depositado en una estafeta urbana. El nombre del destinatario aparecía correctamente escrito. El matasellos indicaba el día antes. El remitente, eran sólo unas iniciales y una dirección: «B.

R. BROMPTON

CIRCLE, BLOCK 3. NUMBER 7. CHELSEA. LONDON».

Ryan Anders se dijo que las iniciales B. R. podían corresponder, simplemente, al pseudónimo de la firma: Black Rose [2]. Lo demás, podía ser una dirección falsa. O tal vez no. El texto del mensaje era una velada amenaza, aunque con claro sentido. Hablaba de muerte. Y de un quinto puesto en una cierta lista...

—No lo entiendo —manifestó gravemente, dándole vueltas a la negra rosa de pétalos de terciopelo—. No lo entiendo. ¿Quién podría tener interés en matarme a mí, por todos los diablos?

Y como no se le ocurrió respuesta alguna, decidió olvidar momentáneamente el asunto, y ocuparse de cosas más urgentes. Como su boda, por ejemplo...

Miró el reloj, sobresaltado. Sus movimientos se hicieron presurosos. —Cielos... —Gruñó, arrugando el ceño—. Ya son las diez y cuarto... Si no me apesuro, a las doce no podré estar en Westminster para la boda... No estaría bien hacer esperar a la novia, justo el día mismo de nuestro enlace. Sería un mal principio.

Y con una sonrisa desenvuelta, olvidado ya por completo el incidente del paquete postal misterioso, Ryan Anders tomó el teléfono, marcó un número y habló luego con firmeza a su interlocutor:

—Sí, tío Mark. Estoy listo en poco tiempo. Quería hablarte de algo

que me ha ocurrido, pero... Oh, bueno, dejémoslo ahora. Sin duda es sólo una broma pesada que alguien ha querido gastarme. Nada de interés, seguro, tío Mark. No, no te preocupes. Hoy, lo importante es la boda. Lo demás no cuenta. Ni siquiera lo que pueda afectar de un modo u otro a tu profesión. Palabra, tío Mark. Olvídate de que eres el inspector-jefe Mark Hildern, de New Scotland Yard, y recuerda solamente que eres el tío de Ryan Anders, el novio... Hasta luego. No te demores tú en llegar.

Colgó, sonriente, y comenzó a desvestirse, para cambiar sus ropas deportivas por el sobrio y ceremonioso chaquet para la ceremonia nupcial.

Olvidada en la mesa, se quedó una negra rosa de terciopelo, junto a un extraño e incongruente mensaje que Ryan no podía entender en modo alguno. Y del que ya se había olvidado casi por completo, cuando subió al coche que había de conducirle a la abadía de Westminster, lugar de celebración de su enlace con Kathy McDavish, su prometida.

* * *

Ryan Anders caminó hacia la gran puerta de entrada de la abadía, subiendo los escalones de piedra con su larga zancada. Pese a todo, llegaba con un poco de retraso. En la puerta, aguardaba ya la novia, con el padrino, el inspector-jefe Mark Hildern. La señora Hildern, al otro lado de los escalones, aguardaba con risueña e impaciente sonrisa a su ahijado, Ryan.

La alta y arrogante figura del joven Anders llegó con celeridad al rellano que la escalera formaba ante la puerta de acceso al templo. Dirigió una mirada y una sonrisa a su joven y bella prometida. La rubia muchacha le devolvió ambas cosas, con expresión de radiante felicidad.

—Vamos, vamos —le apremió el inspector Hildern vivamente—. Llegas tarde, como siempre, sobrino. Eso no está bien, en el día de la boda. ¿Qué ocurrirá, entonces, cuando celebréis vuestras bodas de oro?

Todos rieron el buen humor del policía. Ryan esperó a que entrasen los demás en la abadía. Pero repentinamente, Kathy se soltó del brazo del inspector, fue hasta Ryan y se inclinó hacia él, con sonrisa

amplia y cálida, mirándole fijamente a los ojos.

—Aposté a que nunca llegaría a cazar al soltero más guapo y deseado de todo Londres —dijo, riendo—. De eso hace ya un año. Admito que perdí la apuesta contigo. Vas a ser mi esposo dentro de pocos minutos. Prefiero pagarte ahora mi deuda. Una apuesta, es siempre una apuesta...

Y puso en su mano un billete de cinco libras, riendo suavemente. Ryan Anders oprimió el crujiente papel entre sus dedos, con una sonrisa divertida. Todo esto sucedía en escasos segundos. Justamente los que necesitó la muchacha para acercarse a él y situarse donde nadie esperaba que lo hiciera. Alguien, en los presentes, debió pensar que no daba buena suerte a la novia acercarse al novio antes de la ceremonia.

Quien así pensaba, tuvo razón.

Súbitamente, hubo como un chasquido, como un leve ruido producido por un cuerpo pequeño al chocar con otro. Y tras ese sonido de impacto, Kathy McDavish emitió un ronco grito de sorpresa y de angustia.

Echóse atrás, tambaleante. Sobre las ropas blancas de novia, empezó a destacar súbitamente una extraña mancha roja, que se extendía con rapidez en la tela. Justo encima de su pecho...

Ryan Anders, estupefacto, observó la repentina palidez de su prometida, los ojos dilatados, de expresión horrorizada. Y la mancha creciente de sangre.

—¡Kathy! —aulló—. ¡Kathy, Dios mío! ¿Qué es esto?

Ella boqueó, tambaleante, retrocediendo con una faz que era una máscara de dolor y de agonía. Agitó sus brazos, ante el mudo estupor de la horrorizada multitud que rodeaba el lugar.

—Ryan... —la oyó jadear—. Ryan, querido... Después de todo... creo que... gané esa apuesta... ¡Ryan...!

Su última voz fue un grito desesperado, roto, truncado por la muerte. Ante el helado asombro de los presentes, rodó a los pies de su prometido. Se quedó inmóvil. La sangre goteó sobre la piedra.

—Kathy... —Los ojos de Ryan Anders giraron en todas direcciones, buscando algo, quizá la causa de aquel trágico suceso.

No descubrió nada anormal. Solamente personas apiñadas, contemplando con incredulidad y horror lo sucedido.

Rápidamente, Mark Hildern se precipitó hacia la muchacha abatida.

En él se impuso el sentido de la profesionalidad a todo cuanto fuese cualquier otra circunstancia. Gritó con voz potente:

—¡Avisen a la policía! ¡Llamen a los agentes de servicio más cercanos, y que pidan coches-patrulla a Scotland Yard! ¡Procure no moverse nadie de donde esté! —Examinó a Kathy, sombrío. Luego, alzó la cabeza hacia Ryan que, lívido y petrificado, parecía esperar una aclaración a los hechos, fuera cual fuese. La voz del inspector sonó ronca pero nítida—: Lo siento, Ryan... Está... está muerta. Y creo que la mataron de un disparo. Es una bala la que hizo esa herida sobre el corazón... Una bala disparada con silenciador... o a mucha distancia de aquí, con un rifle muy potente. No cabe otra explicación, puesto que ninguno hemos oído la detonación...

—Muerta... —Ryan Anders cayó de rodillas junto a su prometida, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo—. Kathy, muerta... justo antes de la boda... Pero ¿por qué, tío Mark? ¿Por qué...?

Mark Hildern miró a su sobrino fijamente. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sé, Ryan... No sé. Es terrible, pero... no puedo entenderlo. Ninguno podemos entender lo que ha ocurrido aquí... El hecho cierto es que alguien *asesinó* a tu novia, muchacho, sin razón aparente alguna...

CAPÍTULO III

Se encaminó lentamente a la puerta vidriera. Salió al corredor, cerrando tras de sí. El empleado de la Morgue cerró en su cámara el cadáver rígido, tapado por una blanca sábana, de la que fuera en vida Kathy McDavish, su prometida.

Echó a andar lentamente. Se alejó del depósito, sintiendo que algo muy entrañable y querido quedaba definitivamente atrás. Y lo realmente terrible era aquello: ignorar el porqué, quién, en qué forma... En suma: ignorarlo todo.

Mark Hildern, su tío, esperaba con las manos en los bolsillos de su abrigo negro, en la salida del edificio de la Morgue. Su gesto era sombrío, bajo el bombín igualmente negro.

Contempló a su sobrino con fijeza, y habló con voz grave:

—Tengo ya el informe de balística, Ryan.

—¿Sí? —Anders le contempló con aire abstraído, como si nada de aquello pudiera interesarle ya—. ¿Y...?

—Es una bala calibre 44. Disparada con un rifle muy potente, a considerable distancia. Por tanto, utilizaron sin duda mira telescópica para apuntar hacia su blanco. El ángulo de entrada del proyectil denota un punto de origen alto, muy por encima del nivel de la calle. Con seguridad, una ventana o una azotea.

—Cielos... —Ryan enarcó las cejas, contemplando a su tío—. Un francotirador... ¿Pero por qué, tío Mark, por qué?

—Es lo que estamos tratando de averiguar —suspiró cansadamente el inspector-jefe de Homicidios con gesto ensombrecido—. No va a ser fácil. Nos falta el motivo, la razón más mínima para matar a esa muchacha... Pobre Kathy, ¿qué mal pudo hacer a nadie, para ser muerta de un balazo por un asesino apostado en algún lugar del que luego escaparía fácilmente, mientras nosotros nos dejábamos dominar por la confusión?

—No lo sé, tío Mark. Es tarea vuestra, como policías —encajó Ryan las mandíbulas con un gesto de fiereza mal contenida—. Lo que sí puedo asegurarte es que yo, por mi parte, también voy a tratar de llegar al fondo de la cuestión.

—Ryan, no cometas errores —avisó gravemente Mark Hildern—. Es cosa de la policía, tú lo has dicho. Déjalo en nuestras manos. Nunca me gustaron los detectives aficionados. Y menos aún que tú seas ese detective. Eres mi sobrino. Y el hombre que perdió a su novia. No estaría bien que te mezclaras en el asunto. Podrías dejarte llevar por impulsos que resultaran negativos.

—No he hablado de venganzas. Sólo de buscar la verdad.

—Podría ser lo mismo. A veces, uno no es capaz de reprimir sus sentimientos.

—No soy tan impulsivo, tío. Creo que soy un ser civilizado.

—Te asombrarías de lo que es capaz de hacer un ser civilizado cuando le ciegan las pasiones. Ryan, sé que eres un muchacho inteligente, cerebral y sensato. Pero este asunto te toca demasiado de cerca para esperar en ti frialdad y desapasionamiento. Prefiero que te ocupes de tus cosas. Ese libro que estabas escribiendo sobre tu padre y sus viajes por Oriente..., ¿cómo marcha, Ryan?

—¿Quién piensa ahora en ese libro? Es Kathy quien importa. Y su asesino, sobre todo...

—No hay mucha gente capaz de disparar un arma así con acierto, Ryan, a larga distancia. Estamos investigando eso. Tenemos gente en ello. Y confidentes que buscan, indagan... Alguien nos proporcionará datos, no tardando mucho. Ten confianza en mí. Y un poco de paciencia. Sólo eso, Ryan, muchacho.

—Está bien —suspiró Anders secamente. Incluyó la cabeza. Gotas de fina lluvia salpicaban ya el asfalto y su gabardina clara. Echó a andar hacia su automóvil—. Voy a casa. Te veré mañana, tío. Si hay algo nuevo, llámame. No saldré esta noche. Creo que queda algo en el frigorífico. Total, para el poco apetito que tengo...

Se alejó definitivamente. Mark Hildern hubiera querido detenerle, llevarle consigo, hablar con él de cualquier cosa. Pero conocía a su sobrino y respetó su actual estado de ánimo. Le dejó ir, mientras él arrugaba el ceño, contemplaba sombríamente la llovizna que empezaba a mojar las calles de Londres, y luego se internaba en el edificio de la Morgue con paso lento, como cansado.

* * *

Ryan cerró el frigorífico. En una mano, llevaba el vaso de leche. En

la otra, el emparedado de pollo y lechuga. Iba a ser toda su cena. Frugal, escasa. Y ni siquiera sentía ganas de apurar los alimentos. Llegó al *living*. Se sentó en el sofá. Dio un bocado al emparedado. Sabía a estopa. O se lo parecía. Tomó un sorbo de leche fría. Se quedó mirando al vacío. Luego, bajó lentamente la mirada, atraído por algo que estaba sobre la mesa, y que había llegado a olvidar ya totalmente.

La rosa negra.

Se quedó contemplándola, sorprendido. La rosa de terciopelo y la cartulina escrita. El anónimo firmado por Black Rose. Y B. R., las iniciales del remitente. Enarcó las cejas. Las palabras bailotearon ante sus ojos, como fragmentos inconexos de un *puzzle*, de un rompecabezas absurdo y sin sentido:

—«Eres el quinto de la lista...». «No importa lo que hagas...». «Vas a morir como los demás». «Como todos...». *Morir*.

Qué disparate... Morir. Y no era él. Había sido ella quien...

Se irguió en el asiento. De su mano cayó el vaso de leche. Se hizo pedazos ante sus pies, derramando el blanco líquido sobre la moqueta. El emparedado se deshizo en sus dedos. Briznas de miga y de pechuga de pollo mancharon su pantalón. Se puso en pie de un salto, los ojos fulgurantes.

—No tiene sentido... —jadeó—. *Ningún*, sentido, pero... ¿acaso lo tiene... *lo otro*?

Descolgó el teléfono. Marcó Whitehall

12-12.

Una vez establecida la comunicación con Scotland Yard, pidió hablar con Homicidios. Su tío se puso al teléfono.

—¿Eres tú, Ryan? —se sorprendió al conocerle la voz—. ¿Te ocurre algo?

—Es posible que sí. Tío Mark..., ¿podrían decir tus expertos si la persona que fue elegida por el asesino fue realmente Kathy... o pudo caer ella por error?

—¿Error? —El tono de Hildern se hizo receloso, expectante—. ¿Qué clase de error?

—No lo sé aún. Es sólo una posibilidad, pero... a esa distancia, y pese a la mira telescópica, ¿sería posible que el disparo hubiese herido a Kathy por algún fallo imprevisible?

—Bueno, a esa distancia, siempre cabe que alguien haga un

movimiento brusco, no, previsto por el tirador y, por experto que éste sea, se produzca el error. Pero eso, ningún experto podría definirlo. Ryan, recordando lo sucedido en Westminster, yo... ¡Ryan! ¡El único movimiento imprevisible que hizo Kathy, segundos antes de caer herida de muerte, fue aproximarse a *tí* por aquella tontería de su apuesta...!

—Sí, tío —dijo gravemente Ryan apretando sus dientes—. Lo recuerdo muy bien.

—Y al hacerlo, su cuerpo se interpuso en cierto modo... La línea de tiro pudo pasar por ella, pero en ese caso, si había error, es que la bala era para..., para...

—*Para mí*, tío Mark— asintió con voz sorda Anders. —Lo sabía. Estaba seguro de eso...

—Pero ¿por qué? ¿Por qué piensas de ese modo, Ryan, muchacho?

—Casi gritó el inspector de Homicidios.

—Porque alguien me amenazó de muerte, tío Mark. Lo había olvidado por completo, pensando que era una broma pesada...

—¿Amenazado de muerte? —se asombró la voz de Mark Hildern—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué no me hablaste de ello?

—Iba a hacerlo, antes de la ceremonia. Luego, cambie de idea. No le di importancia.

Pero ahora... cuando he vuelto a ver ante mí la rosa negra, yo...

—¿La... qué? —aulló el policía, casi ensordeciendo a su sobrino.

—Una rosa negra de terciopelo. No entiendo lo que significa, pero...

—Espera, Ryan —la excitación era ostensible en el tono del inspector—. ¿Quieres decir que alguien te ha enviado una rosa hecha con terciopelo negro?

—Sí, eso es. ¿Por qué te asombra tanto?

—Te lo diré. Procura conservar bien esa flor. Me reuniré contigo inmediatamente. ¿Es todo lo que has recibido?

—Un mensaje amenazador también. El remitente no está claro, pero... puede que no signifique nada. Sin embargo, si alguien intentó matarme, disparando a distancia, y Kathy hizo un extraño, pudo suceder que recibiera la bala destinada a mí, pero... ¿por qué, tío Mark? ¿Por qué querría nadie matarme a mí? Esto no tiene el menor sentido... Es monstruoso.

—Ryan, no sé lo que está sucediendo, pero... no eres el primero que recibe una rosa negra —silabeó el inspector.

—No, ya lo supongo. Soy el quinto, imagino.

—Que eres... ¿el qué, Ryan? —El asombro volvió a alterar la voz de su tío.

—El quinto. Es lo que indica el anónimo.

—Cielos, yo sólo sabía de otro más... Ryan, por favor, no hables de esto a nadie. No te muevas de ahí. Iré enseguida. El asunto es más grave de lo que crees. Sabía de un asesinato con una rosa negra, pero no de más... Tal vez estemos bailando dentro de un asunto de locos. Pero tú parece tener una clave que nos falta hasta ahora... Una clave que quizá explique algo...

—Lo único que me importa es que explique lo de Kathy...

—Eso también se explicará por sí solo. Si damos caza a quien te ha enviado esa rosa negra, Ryan..., es posible que aprehendamos al que mató a tu prometida, aun siendo por error.

—Pero es que nadie puede tener un motivo para matarme a mí, que yo sepa. ¿Quién diablos odiaría tanto a un escritor..., a menos que algún lector haya jurado vengarse de uno de mis libros, tras su lectura? —murmuró con amarga ironía Ryan Anders.

—Sea quien fuere, ya mató antes de ahora. Y es posible que, tras su trágico error en Westminster, intente por segunda vez asesinarte, Ryan. Ten mucho cuidado. No corras riesgos inútiles, muchacho.

—No tardes entonces, tío. Te espero.

—Puedes estar seguro de que no tardaré. Irá conmigo al sargento Flanagan.

Colgó Ryan. Al otro lado del hilo, también había colgado ya el inspector-jefe Hildern.

Ryan, ceñudo, excitado por lo que podía significar una pista hacia el asesino de Kathy, se dejó caer en el sofá, contemplando con expresión sombría la siniestra rosa negra y el enigmático mensaje amenazador. Luego, estudió la dirección en el papel del envoltorio, tratando de recordar en qué punto de Chelsea se podía hallar Brompton Circle. No le fue posible localizarlo mentalmente.

Estaba examinando un plano detallado de Londres, cuando su tío Mark Hildern llegó a su vivienda, escoltado por el recio y fiel sargento Flanagan, un irlandés nervudo, pelirrojo y macizo, de afable sonrisa y frondosos bigotes.

—Hola, sobrino —saludó el inspector, entrando en el *living* a paso de carga—. ¿Dónde están esa maldita rosa y ese mensaje anónimo?

—Ahí, sobre la mesa —dijo distraídamente Ryan, sin dejar de mirar el plano de la ciudad. Su dedo se apoyó con energía en un punto determinado de la zona de Chelsea. Alzó la cabeza, miró a su tío y le indicó con voz grave—. Por cierto, acabo de localizar las señas del remitente de ese paquete postal, tío Mark.

—¿De veras? —dudó su tío—. ¿Crees que habrán sido tan ingenuos como para usar una dirección auténtica? El remitente es posible que ni siquiera viva ahí...

—De eso puedes estar seguro, tío —dijo Ryan con extraña entonación—. El punto de origen de ese paquete no es otro que... el cementerio de Brompton, en Chelsea.

* * *

—El cementerio... ¿Y ahora, Ryan?

—Ahora, evidentemente, debemos buscar el Bloque 3, número 7, de Brompton Circle. Es decir, esa plaza situada al sur de la zona del cementerio...

Los dos policías, el joven Anders y el funcionario de cementerios que, a tan extrañas horas de la noche deambulaban por el interior del recinto funerario, se encaminaron en la dirección indicada.

La lluvia se había hecho más intensa, y proporcionaba un brillo charolado a la hojarasca de los senderos entre tumbas y nichos, así como a la piedra de panteones, cruces y figuras fúnebres. Bajo sus pies, la gravilla mojada rechinaba lúgubrementemente en el silencio de la noche inclemente.

Una potente lámpara eléctrica, en manos del sargento Flanagan, y una linterna colgada de la mano del empleado del cementerio que les franqueara el paso cuando el inspector Hildern se identificó, iban iluminando el camino, proyectando su luz sobre las sombras inquietantes del silencioso lugar destinado a los muertos.

—Es allí —dijo el funcionario, señalando a una especie de plazoleta circular, situada en la zona sur del cementerio de Brompton. Sus muros aparecían cubiertos de nichos con lápidas e inscripciones diversas—. El Bloque 3 está situado a nuestra izquierda. Allá, inspector. Donde termina esa forma de herradura...

—¿Cómo van numerados esos nichos? —se interés vivamente Hildern.

—En líneas pares e impares, partiendo desde abajo La primera columna vertical abarca desde el número al 15. Y así sucesivamente. La segunda, del número 2 a 16. Son ocho pisos cada bloque.

—Entiendo. En ese caso, el nicho número 7, estará situado en el cuarto piso, primera columna.

—Exacto, señor —afirmó el empleado—. ¿De verdad es tan importante para Scotland Yard esa tumba?

—Lo es —afirmó el inspector—. ¿Usted recuerda quién reposa ahí?

—Hay tanta gente enterrada en Brompton Cemetery inspector... Creo recordar que ahí reposa una mujer.

—¿Una mujer? —se sorprendió Ryan, volviendo la cabeza hacia el hombre.

—Sí, eso creo. De todos modos, ese sector es antiguo. Casi todos los enterrados ahí, datan de los años cincuenta a sesenta.

—¿Tanto? —Se mostró interesado Mark Hildern—. ¿No hay nadie más de fecha más reciente?

—Posiblemente alguien que haya ocupado algún nicho vendido o cedido, no sé. Pero desde luego, no el número siete. La primera columna no se mueve desde hace más de veinte años, se lo aseguro. Hildern, Flanagan y Anders cambiaron una mirada de perplejidad. Siguieron adelante, y llegaron ante el Bloque 3 de Brompton Circle. La lámpara del empleado se alzó en su mano, iluminando de modo espectral el mure repleto de nichos. La linterna de Flanagan proyectó su chorro de blanca luz a través de la lluvia, sobre la lápida gris que aparecía en el nicho número 7.

Todos pudieron leer la inscripción allí grabada:

«Aquí yace Rose Winters. Murió el 11 de octubre de 1953. Descanse en paz. Hay personas que nunca la olvidarán».

Ante la lápida, sujeta a una argolla de ésta, se hallaba una gran rosa negra de terciopelo.

CAPÍTULO IV

—La pista empezó con una rosa negra. Y terminó con otra... y una tumba con más de veinte años de antigüedad... ¿Eso tiene algún sentido? —suspiró el inspector Hildern, con tono amargo.

—Cuando menos, tiene un sentido —dijo secamente Ryan Anders—. El asesino tiene una audacia escalofriante. Y nos está desafiando a todos. Sabía que íbamos a buscar el remitente de ese mensaje, tras el fallido atentado contra mi persona, en Westminster. Y depositó esa rosa negra en el nicho. Hemos comprobado que apenas si tenía encima polvo. Eso quiere decir que llevaba allí muy poco tiempo.

—Olvidas algo, querido sobrino —el inspector miró fijamente a Ryan—. El empleado del cementerio nos dijo que él había visto ya otras veces, aunque nunca le dio gran importancia, esa rosa negra en el nicho donde la hallamos. Y está dispuesto a jurar que, cuando menos, hace ya cinco o seis años que vio la primera.

—Por tanto, el nicho en sí puede ser la clave —apuntó la tercera persona reunida con el policía y su sobrino.

Ambos hombres la miraron. Lentamente, movió Hildern la cabeza, con gesto pensativo.

—Lo hemos pensado ya, señorita Barrow —admitió el policía—. Estamos tratando de saber quién es la persona que reposa allí.

—Usted dijo antes su nombre, inspector... —Frunció el ceño Hazel Barrow—. ¿Dijo que se llamaba...?

—Rose —dijo Ryan—. Como la propia flor. Rose Winters.

—Rose Winters... —repitió ella, meditando—. Es raro, pero juraría que...

—¿Qué, señorita Barrow? —se interesó el hombre de Scotland Yard.

—No, nada. Pero estoy convencida de haber oído antes ese nombre. Y haberlo oído muchas veces, además. Si lograra saber dónde y por qué motivos...

—Es curioso, pero a mí tampoco me resultó totalmente desconocido el nombre, cuando lo leí grabado en la piedra —el inspector Mark Hildern tenía un gesto preocupado ahora. Miró fijamente a su sobrino—. Ryan, tú que has sido la víctima elegida por el asesino...,

¿no tienes alguna idea al respecto?

—Ninguna, tío —confesó Anders, encogiéndose de hombros—. Nunca creo haber oído antes de ahora el nombre de esa mujer.

—Es raro. Usted no lo recuerda..., y sin embargo, recibe un anónimo y, posiblemente, una bala destinada a usted, hirió fatalmente a su prometida... Mientras que el inspector y yo, que nada tenemos que ver en el asunto, creemos notar algo familiar en ese nombre...

—Tuvo que ser conocida por algo —aventuró Ryan, moviendo la cabeza—. Es la razón de que una periodista pueda recordar el nombre, siendo tan joven como es usted, y llevando esa mujer enterrada en Brompton más de veinte años... En cuanto a mi tío Mark... es posible que esa fama de la mujer muerta, tenga algo que ver con la policía.

—Es una teoría razonable —aceptó con un suspiro el inspector Hildern—. Ya he dado instrucciones de que me localicen el nombre de esa mujer, para saber quién era exactamente, y por qué se relaciona su nicho con esas malditas rosas negras...

—¿Supones, tío, que hay algún nexo entre la muerte de ese hombre en cuyo apartamento estalló una carga de plástico... y la muerte de Kathy? —preguntó Ryan, ceñudo.

—Podría ser. Existe el factor común: la rosa de terciopelo. El tenía una en su poder cuando le sorprendió la muerte. Pero hay algo más.

—¿Qué es ello?

—Hemos examinado el número de llamadas a New Scotland Yard ese día. Existe una registrada, en la que el comunicante parecía excitado, presto a decir algo urgente. Pero colgó sin hablar. La llamada pudo proceder de Dennis G. Leighton. Sólo unos minutos más tarde de registrarse esa llamada, él encontraba la muerte al estallar la carga oculta en su sofá.

—Puede que tengas razón, tío. El recibió otra rosa y otro anónimo. Pero piensa una cosa: yo no conozco a ningún Dennis G. Leighton, ni creo haber oído hablar jamás de nadie con nombre parecido. De modo que ¿dónde está el motivo para relacionarme con él?

—Es muy posible que cuando sepamos eso, tengamos una idea concreta de la personalidad del criminal, Ryan. Por ahora, sólo estamos haciendo conjeturas y... nada más.

Golpearon suavemente con los nudillos en la puerta de la oficina de

Scotland Yard dónde tenía lugar la reunión. El inspector autorizó la entrada. Un agente uniformado saludó respetuosamente, entregándole un papel doblado.

—Está bien, Oates, muchas gracias. Puede retirarse —dijo el inspector-jefe, tomando el pliego, que examinó pensativo. Luego, miró a sus acompañantes, ya a solas los tres, e informó escuetamente—: Es un mensaje de Archivos. Han debido encontrar algo sobre Rose Winters, evidentemente...

Una rara tensión se estableció en la estancia. Hazel Barrow contuvo el aliento, caminando hacia la mesa de trabajo del policía. Su instinto profesional se agudizaba, pendiente de que el inspector quisiera revelarle o no las noticias al respecto.

Ryan se mantuvo quieto pero en tensión. Su mirada estaba fija en aquel papel doblado. Y su mente, en el cadáver de una infortunada mujer, joven y hermosa, sacrificada brutalmente por la crueldad de un asesino que faltó el disparo. De no haber sido así, ahora sería ella quien estaría llorando la muerte de Ryan Anders, su prometido. Lentamente, Hildern desdobló el papel. Lo leyó en silencio. Ambos jóvenes advirtieron cómo se enarcaban sus cejas, formando casi una doble interrogante en el rostro firme del policía. Hazel y Ryan cambiaron una mirada de perplejidad y de ansiosa atención.

—¿Y bien, tío? —Rompió Ryan el silencio—. ¿Algo positivo?

Hildern levantó la cabeza, dejando el papel doblado sobre su mesa. Se encogió de hombros, con gesto de extrañeza.

—No sabría decírtelo —confesó—. Es extraño... Extraño y terrible, Ryan.

—Por Dios, inspector, nos va a hacer estallar de curiosidad —gimió Hazel—. ¿Es secreto policial, tal vez? Si debo ausentarme, dígamelo y...

—¿Usted? Oh, no, señorita Barrow —negó suavemente el policía—. Después de todo, le bastará llegar a su periódico y buscar en los archivos. Seguro que tardaría muy poco en dar con la misma información que tengo yo aquí ahora. Puede quedarse. Y puede informar a sus lectores, si gusta. Después de todo, no creo que ganemos nada manteniendo secreto este informe. El propio asesino parece muy decidido a que lo conozcamos, no sé por qué causas. De no poner ese remitente en el envío postal a Ryan, jamás hubiéramos relacionado un asunto con otro.

—Pero... ¿de qué se trata, tío? —quiso saber Ryan, preocupado.

—De Rose Winters, claro está —suspiró Mark Hildern, tendiendo el papel a sus acompañantes—. Leed eso.

Ryan leyó los informes policiales del Archivo de Scotland Yard. Por encima de su hombro, también leyó Hazel Barrow. Ambos jóvenes lanzaron una exclamación de asombro.

—Cielos... —murmuró Ryan—. Rose Winters... alias la Rosa Negra... Una mujer de vida turbia, allá por los años cincuenta... Nacida en Dublín. Muerta en Londres en 1953...

Ejecutada en la horca, por asesinato...

El papel cayó de sus manos, revoloteando en la silenciosa habitación.

* * *

A Melissa Huntley le gustaban las flores. Siempre le habían gustado con auténtica pasión.

Quizá por ello, su pequeño y bien cuidado *cottage* de Saint John's

Wood, no lejos de Regents Park, aparecía totalmente cercado por macizos de flores, que iban desde las bellas rosas hasta las peonías y azaleas, salpicadas por arbustos repletos de geranios. En suma, un espléndido colorido para el pequeño y pulcro jardincillo de senderos de fina grava amarilla.

Melissa Huntley, solterona y con una renta vitalicia, dedicaba su vida ñor un igual a los animales y a las plantas. Miembro de la Protectora de Animales, ella misma cuidaba en su casa de hasta tres gatos, dos de angora y uno persa, y dos perros dálmatas, de bella y graciosa estampa. La convivencia mutua entre felinos y canes, contra el tópico, era perfecta y hasta divertida. Los gatos jugueteaban frecuentemente con los perros, que se divertían con las diabluras de sus felinos compañeros.

Melissa Huntley era feliz en su mundo de flores y animales domésticos. En realidad, ambas ocupaciones cubrían prácticamente su tiempo, con las frecuentes visitas a la Sociedad Protectora de Animales, a sus conferencias, convocatorias y exposiciones de animales acogidos bajo su tutela.

Pero Melissa Huntley jamás tuvo en sus manos una rosa negra.

Nunca, hasta aquella mañana nublada y tibia, con una humedad que presagiaba lluvia, y un leve aire suave, que movía sus arbustos y plantas casi armoniosamente.

Aquella misma mañana en que un cementerio londinense acogía en su tierra a una muchacha asesinada, y los funerales por ella tenían lugar en la misma iglesia donde tuvo que haberse desposado pocas fechas antes la señorita Melissa Huntley recibió su rosa negra, en un paquete postal cuidadosamente embalado.

—¡Qué extraño regalo! —se dijo, al extraer la flor artificial—. Una rosa negra... de terciopelo. Oh, aquí hay algo, en el fondo de la caja... Parece un mensaje.

Era un mensaje.

Pero cuando Melissa Huntley lo examinó más atenta mente, su rostro delgado reflejó una viva expresión de sorpresa y de temor. La cartulina escrita, tembló en sus manos.

—Dios mío, no... —jadeó, con un hilo de voz, mientras la sangre huía de sus habitualmente bien coloreadas mejillas—. ¡Es..., es una amenaza de muerte! ¡Alguien quiere matarme, cielo santo...!

Y, horrorizada, corrió a encerrarse en su *cottage*, girando la llave y corriendo el pestillo de la puerta. Luego temblorosa, jadeante, sin haberse preocupado siquiera de recoger la negra rosa siniestra que cayera de sus manos en la gravilla del jardín, se lanzó presurosa sobre el teléfono, lo descolgó, y pidió a Información que le diesen el número de la policía urgentemente.

Un momento después, el dedo tembloroso de la señorita Huntley, marcaba nerviosamente Whitehall 12-12... y establecía contacto con New Scotland Yard.

* * *

Abandonaron el cementerio lentamente, con mirada perdida en el grisáceo triste de la mañana. Los coches oficiales esperaban afuera, junto con los de los parientes de Kathy McDavish, el «Morris» rojo de Hazel Barrow y el «Austin» de Ryan Anders.

La última ceremonia había terminado. Kathy reposaba en tierra sagrada por una eternidad. Ryan parecía no haber reaccionado aún totalmente, como si todavía le pareciese imposible que todo aquello hubiera ocurrido, que Kathy ya no existiera, víctima del más

estúpido e inexplicable crimen que uno se pudiera imaginar.

Porque ahora, cuando ya sabía él quién era la mujer que reposaba en aquel nicho de Brompton Cemetery, aún lo entendía menos. Ni el nombre de Rose Winters, ni el hecho de que una mujer llamada en el ambiente nocturno del Londres de los años cincuenta la Rosa Negra, hubiera sido ajusticiada en la horca por el delito de asesinato, significaban absolutamente nada para él.

Seguía sin existir nexo aparente entre él y lo que parecía explicar ahora el mensaje de muerte consistente en una negra flor de terciopelo. Hubo error en la víctima cuando el asesino apretó el gatillo, sí. Pero ¿es que hubo *también* otro error en la elección previa de la verdadera víctima?

Ryan Anders hubiera querido hallar respuestas a todas esas preguntas que martilleaban su cerebro, hasta hacerle palpar dolorosamente las sienas. Llegó junto a su coche. Su tío, Mark Hildern, inspector-jefe de Scotland Yard, Brigada de Homicidios, le contempló pensativo, como preocupado por él.

—¿Te llevo a alguna parte, Mark? —se ofreció.

—No, gracias —rechazó él—. Tendría que dejar aquí mi coche...

—Cualquiera de mis hombres puede llevártelo adonde digas.

—No, no. Prefiero volver solo.

—¿Y seguir pensando? —le reprochó gravemente su tío, sin quitarle la mirada de encima.

—Es lo único que me queda por hacer ya —suspiró Ryan, frotándose el mentón, con aire distante—. Pensar... y tratar de hallar una explicación. Y un culpable. Alguien merece estar también bajo tierra, tío Mark. Y ese alguien es quien apretó el gatillo aquel día.

—Calma, sobrino —le pidió el policía—. Recuerda: nada de ideas vengativas, nada de...

Se detuvo. El radioteléfono de su coche estaba sonando. Hazel Barrow abría ya la portezuela de su «Morris» de brillante carrocería escarlata, con el distintivo «PRENSA», adherido en el parabrisas. El inspector se inclinó sobre la ventanilla de su propio coche oficial y descolgó el radioteléfono antes de que el sargento Flanagan, parado cerca del vehículo, pudiera anticiparse.

—Inspector-jefe Hildern —dijo secamente—. Informe.

Le informaron. Breve, escuetamente. Hildern pegó un respingo. Su

cara perdió color.

—¡Pronto, envíe allá dos coches-patrulla! —rugió—. ¡Voy enseguida! ¡Atiendan a esa mujer, por el amor de Dios!

Colgó, desenchajado el semblante. Miró a su sobrino.

—Ryan, si quieres venir... —jadeó. —Una mujer, en Saint John's

Wood... ¡Ha sido amenazada de muerte esta misma mañana, con una rosa negra y un anónimo!

Ryan no se hizo rogar. Saltó dentro del coche policial como disparado por un resorte.

Hazel penetró en el suyo velozmente, gritando con voz aguda:

—¡Si no le importa, inspector, voy a seguirles!

—¡Hágalo, si puede sostener la velocidad, señorita Barrow! —admitió el policía—. Pero voy a circular con la sirena en funcionamiento... ¡Diríjase a Lord *Cricket's* Ground, a la altura de Willington Road! ¡Es allí!

Y el coche oficial partió como una exhalación, dejando atrás el cementerio, mientras hacía sonar persistentemente su ululante sirena. Todo el tráfico londinense le abriría paso.

Pero aun así, el inspector Hildern temía llegar tarde una vez más...

* * *

El asesino no vaciló.

En realidad, no vacilaba nunca. Sus movimientos eran precisos, certeros y rápidos. Una fría decisión movía sus pensamientos y sus acciones. Sabía lo que hacía. Y sabía cómo hacerlo.

A veces, había errores. Errores imputables a la fatalidad. Errores que no se podían ya remediar. Había cometido uno muy serio. Dos, mejor dicho. Pero no habría más. Ni un solo error más.

En este caso concreto, era imposible equivocarse. La víctima estaba allí, ante él. Todo iba a ser muy fácil. Y muy rápido. Tenía que serlo, ya lo había previsto de antemano. De otro modo, aquella estúpida solterona salvaría el pellejo. Era de las que enseguida se atemorizaban. Y avisaban a la policía.

Ya otras veces había recurrido ella a la policía. Con motivos triviales siempre: un animal dañado por alguien, una persona sospechosa que luego resultaba perfectamente inofensiva, un ruido

absurdo que a ella se le antojaba inquietante en la noche... Los policías estaban hartos de la señorita Huntley y de sus denuncias. Hartos de todo lo de ella.

Pero esta vez era diferente. Esta vez, ella habría denunciado una amenaza de muerte. A lo mejor los policías la hacían caso. Era preciso evitar que eso siguiera adelante. Tenía poco tiempo. Muy poco. Pero suficiente, estaba seguro de ello.

Sería ahora. *Ahora mismo*. Iba a matarla inmediatamente. Sin perder un segundo más.

Se movió con lentitud. Pero con firmeza y seguridad. Acercóse más a su objetivo. Sus manos enguantadas actuaron con rapidez, con precisión.

El vidrio de la ventana fue cortado limpiamente en círculo por el diamante que sostenían sus dedos de la mano izquierda. La derecha sujetó contra ese vidrio de la ventana del *cottage* una ventosa adherida, que impedía la caída del fragmento así cortado. Luego, le bastó tirar de la ventosa, con el cristal adherido. El boquete fue suficiente para introducir la mano y accionar la falleba. La ventana quedó abierta.

Se introdujo sigilosamente en la casa. Hallóse en una habitación vacía, cerrada la puerta, corridas las cortinas. Era un gabinete con algunas estanterías de libros, en su mayoría tratados de jardinería, horticultura y zoología doméstica. También había allí un aparato de radio antiguo, un televisor portátil y unas cuantas revistas pasadas de moda, de las dedicadas a temas del corazón y sensiblerías femeninas.

El asesino dibujó en su rostro una mueca que quizá era una sonrisa, pero que no lo parecía en absoluto. Los ojos centellearon fríamente en la sombra. Sus pasos sigilosos le llevaron con rapidez al interior de la vivienda silenciosa. Abrió una puerta. Salió a un corredor de limpia alfombra, con apliques de luz en las paredes. Caminó sin producir ruido alguno. Los chanclos de goma jamás hacen ruido sobre una alfombra, y menos si quien los utiliza sabe ser cauteloso como un reptil al acecho.

Ya había guardado en los bolsillos de su oscura gabardina el diamante y la ventosa con los que se abriera paso tan calladamente al interior del *cottage*. En su lugar, su mano diestra extrajo algo oscuro y siniestro: un arma de fuego pavonada. Una pistola

automática «Magnum», provista de silenciador. Avanzó hasta una puerta entreabierta, tras la cual se escuchaba la música de algún otro receptor de radio más moderno, y seguramente también más pequeño, probablemente un transistor portátil.

Llegó hasta la puerta. La empujó muy despacio, sin producir el menor ruido. Escrutó el interior desde la rendija.

Melissa Huntley permanecía en pie ante una ventana asomada a la parte delantera de la casa. Parecía estar esperando a que alguien llegara al *cottage* de Saint

John's

Wood. Uno de sus negros zapatos puntiagudos, de anticuado tacón, golpeaba nerviosamente sobre el *parquet*. Apoyaba una mano en el vidrio de la ventana, una mano ligeramente temblorosa. Al otro lado de esa ventana, un sendero conducía, entre rosales y peonías, hasta la puerta de la valla de madera pintada de color verde manzana.

La nublada mañana seguía gris y turbia. De vez en cuando pasaban automóviles con rapidez, hundiéndose en la neblina. Ninguno se detenía ante la casa y eso, ciertamente, no parecía tranquilizarla, ni mucho menos.

Los ojos del asesino se fijaron, malignos, sobre la mesita situada a espaldas de la señorita Huntley. Allí descubrió el envoltorio desordenado, y la caja de cartón, con el mensaje al lado. Y algo más lejos, solitaria sobre la mesa..., la rosa negra.

Transcurrieron apenas tres o cuatro segundos. Luego, el asesino empujó decididamente la puerta. Ésta chirrió un poco. Con un gemido de sobresalto, la señorita Huntley giró sobre sí misma y se quedó mirando hacia el intruso.

Un grito de terror escapó de su garganta. Se desorbitaron sus redondos ojos, azul pálido. Boqueó, como tratando de decir algo, repentinamente lívido y estirado su anguloso rostro de solterona.

—¿Qué..., qué significa...? —balbuceó roncamente. Luego, al advertir el arma en la mano del visitante, trató de gritar—: ¡Socorro! ¡Dios mío, van a matarme...!

Se dirigió ahora con rapidez hacia la ventana, quizá con la idea de saltar a través de los vidrios al jardín.

—Lo siento, señorita Huntley —dijo con frialdad la voz del visitante—. No va a ir usted a ninguna parte. Recuerde a la Rosa Negra... ¡y

muera!

Luego, sonó un sordo estampido en la sala. Poco más que el taponazo de una botella de champaña al ser descorchada.

Una bala silenciosa brotó del arma cuyo negro cañón de acero prolongaba la fea forma del silenciador. Una bala que encontró el blanco que buscaba: el cuerpo largo, alto y enjuto de la solterona señorita Huntley. Justamente penetró sobre su corazón, con sorprendente y mortal acierto.

La infortunada mujer debió morir en el acto. Se quedó oscilando ante su asesino, miró con horror aquel rostro inexpresivo, despiadado, que se enfrentaba a ella, tras el arma negra, humeante, que había vomitado la muerte sólo un momento antes.

Luego, el cuerpo cayó sobre la alfombra. Golpeó pesadamente, y por fin se quedó quieto, inerte. Un hilo de sangre corrió sobre las oscuras ropas, brotando del redondo agujero abierto limpiamente por el disparo.

El asesino, calmamente, guardó su arma de nuevo en la oscura gabardina. Luego, miró con aire burlón el cuerpo inmóvil. Y el mensaje y la negra rosa situada sobre la mesa.

Finalmente, murmuró entre dientes, saliendo de la estancia:

—Un nombre más en la lista... Ya quedan menos.

Afuera, a alguna distancia de la casa de Saint

John's

Wood, sonó el ulular de una sirena. Unos vehículos vertiginosos se aproximaban al *cottage* de Melissa Huntley. Pero, de todos modos, por rápidos que se deslizaran sobre el asfalto de Londres, llegarían ya tarde. Demasiado tarde.

CAPÍTULO V

—Demasiado tarde...

Ryan Anders no comentó nada. Se limitó a contemplar la escena en silencio, ceñuda la expresión, ensombrecida la mirada de sus ojos grises y agudos. El joven deportista y escritor de libros de acción y viajes exóticos, parecía no salir de su asombro. O de su fría y controlada ira.

Tras ellos, la joven Hazel Barrow contemplaba asimismo la presencia del cadáver femenino en el suelo, del leve reguero de sangre, de los vidrios rotos por el golpe que, antes de caer, diera la ocupante única del *cottage* con su canosa cabeza en la ventana.

Tras aquella pausa que todos parecieron respetar por simple impresión ante lo sucedido, fue Ryan Anders quien habló con voz seca:

—Debimos imaginarlo. Siempre golpea sobre seguro. Sólo que esta vez parece que no cometió error alguno. Ese paquete postal, sobre la mesa, va dirigido a Melissa Huntley. Y ella es la víctima...

—Exacto. Ella es la víctima. Tiene ahí unos documentos suyos: Seguridad Social, un carnet de la Sociedad Protectora de Animales, un diploma de jardinería... Su fotografía coincide con el rostro de la víctima. Pobre mujer...

—¿Otra vez un disparo?

—Sí, Ryan. Pero esta vez, de pistola. A corta distancia. No sé si usarían silenciador. Nadie escuchó nada en la vecindad, y esto está lleno de residencias de igual tipo. El disparo fue certero. Muy certero. Eso me confirma mi teoría sobre el tirador a distancia que mató a Kathy. Un gran tirador, no hay duda.

—Sea como fuere, hay otra víctima. Tenemos a Dennis G. Leighton. A Kathy. Y ahora... a la señorita Huntley. Ya son tres, tío Mark.

—Tres... —Mark Hildern se frotó el mentón, pensativo—. Pero lo curioso es que... tu mensaje hablaba de que eras el *quinto* de la lista... Según eso, Melissa Huntley sería la sexta, no la tercera.

—Eso quiere decir que hay un error grave en la cuenta. Pero los errores pueden ser de una sola cifra, no de *tres* —apuntó Hazel, con

agudeza—. ¿Podría suceder que hubiese, en realidad, otras tres víctimas que desconocemos?

—Lo ignoro —resopló amargamente el inspector Hildern—. En Londres mueren diariamente más de veinte personas por medios violentos, no esclarecidos en las pesquisas policiales. Cualquiera de ellas puede formar parte del juego...

—No, tío... a menos que haya una rosa negra en medio —objetó secamente su sobrino, señalando a la mesa—. Mira eso: tenemos otra rosa de terciopelo ante nosotros...

—Claro. Pero que yo sepa, no hubo ninguna otra anteriormente...

—Se detuvo, golpeándose de pronto la frente con la palma de su mano—. Cielos, no se me ocurrió eso, Ryan...

—No se te ocurrió... ¿el qué? —quiso saber Anders, con viveza.

—La rosa negra, Ryan... Sencillamente, no he preguntado, no he indagado, no he pedido informes concretos sobre casos sin resolver, tratando de hallar en alguno de ellos la presencia de una rosa de terciopelo, de color negro, que acaso algún agente o inspector de Scotland Yard olvidó mencionar o hacer hincapié sobre ello, no dándole la importancia que merecía... En cuanto regrese a la oficina, me ocuparé de eso. Entretanto... me temo que todo cuanto hagamos por encontrar al misterioso visitante que asesinó a la señorita Huntley, jamás dará resultados prácticos...

—He visto huellas en el jardín —dijo Ryan gravemente—. Y en el interior de la casa. La humedad del terreno ayudó a que se marcaran. Son huellas que pueden corresponder a un calzado de talla 42. Pero son chanclos de goma, no hay duda. Y hasta una persona que calce un 38, podría llevar un 42 sobre sus zapatos, siendo chanclos para lluvia.

—Exacto —suspiró su tío, ceñudo—. Lo único de lo que podemos estar seguros, es que el asesino no pudo, en modo alguno, tener la talla 43 ó 44. Ni ninguna superior. Parece que ya es algo ¿eh, sobrino? Maldita sea, y no me digas que es poca cosa, apenas nada, porque eso ya Jo sé...

Y era tal el gesto desabrido y furioso del inspector Hildern, que su sobrino Ryan no trató siquiera de replicar a sus palabras.

—¿Qué se sabe de Rose Winters?

—No mucho —murmuró Hazel Barrow, examinando otro periódico de la hemeroteca del *Sunday*. Alzó la cabeza y contempló a Ryan Anders, reflexiva—. Aquí habla de su ejecución. Tenía entonces veintidós años. Fue a la horca con entereza. No se derrumbó en los últimos momentos.

—Una mujer valiente... ¿Era realmente culpable?

—Eso, nadie lo sabe. El jurado la halló culpable. *El* juez la condenó. Eso es cuanto dice aquí. En 1953 no eran demasiado minuciosos en describir las cosas, por lo que veo.

—¿Era un delito de homicidio?

—Legalmente, se calificó de «asesinato en primer grado».

—Ya. ¿Y la víctima?

—Un hombre. Un noble inglés. Un aristócrata de intachable prestigio.

—¿Intachable? Pues creo que ella era una...

—Lo era, sí —afirmó Hazel, rápida, volviendo la página—. Pese a todo, él era intachable. *Sir* Roger Montague. De las mejores familias. Frecuentaba Buckingham Palace, incluso. Un día apareció muerto. Asesinado a puñaladas. Vivía con Rose Winters hacía tiempo, pero parece que iba a dejarla, para casarse con una dama de la aristocracia. Ella pudo dar un escándalo. Pero optó por la violencia. Y mató a *sir* Roger.

—¿Seguro que fue ella?

—Aquí, afirman que sí. Legalmente, no parecía haber dudas. Todo la acusaba. Se la juzgó y condenó. Fue ajusticiada. ¿Cree que puede haber error?

—Por desgracia, no todos cuantos ajusticiaron en nuestro país eran culpables. Quizá por eso se sintieron tan avergonzados y se abolió la pena capital.

—Ryan, me parece usted un cínico —comentó Hazel, mirándole pensativa.

—Y usted una mujer muy crédula. Hace falta algo más que el prestigio de la justicia inglesa, para creer en la culpabilidad de una persona.

—Fuese como fuere, alguien ha resucitado la vieja historia. Hay rosas negras por medio Y gente muerta. Una de esas víctimas, fue precisamente su prometida.

—Eso no es fácil que lo olvide —resopló Anders—. Mi tío cree que busco vengarme. En realidad, sólo pretendo que se haga justicia. Por Kathy... y por los demás también.

—¿No confía en que la policía consiga eso por sí misma?

—No, no confío en ello —rechazó Ryan secamente—. El asesino es escurridizo, extraño. No es un delincuente vulgar. Hará falta mucha astucia para darle caza. Quizá no sirvan los medios tradicionales. El parece conocerlos. Y se anticipa siempre...

—Ryan, ¿supone que usted *sí* puede ser más listo que Scotland Yard? —dudó la joven periodista.

—Más listo, no sé. Diferente, sí. El solo espera luchar contra la ley. Cometió un error, pero pensará que eso está olvidado. Que yo no cuento. Será su nuevo error. Demasiado, para que llegue con éxito a alguna parte.

—Habla como si tuviera algo entre manos. Ni siquiera se da cuenta, al parecer, de que no tenemos apenas nada. Sólo un caso jurídico con más de veinte años de antigüedad, una mujer de vida confusa que fue ajusticiada, un viejo crimen... y unas rosas negras de terciopelo. ¿Todo eso significa algo?

—No lo sé. Puede tener sentido. Son piezas de un *puzzle*. Hay que unir las. A lo mejor, de repente, adquieren forma, nos dan una imagen coherente. Y entonces...

Ryan dejó su frase en el aire. Ahora, Hazel Barrow no le escuchaba. Hojeaba el viejo, amarillento ejemplar del *Sunday*, y su voz recitaba, examinando algunos titulares ya olvidados por todo el mundo:

—«Entierro de Rose Winters en total intimidad». «Apenas nadie en los funerales, salvo la policía y autoridades judiciales...». «Un primo de la llamada Black Rose en el mundo nocturno de Solio, se hizo cargo de los oficios fúnebres y...».

—¡Un primo! —saltó vivamente Ryan, interrumpiendo a la muchacha en su lectura—. El mundo nocturno de Solio... ¡Eso es!

—Eso es... ¿qué? —quiso saber ella, perpleja, mirándole con asombro.

—¿Es que no se da cuenta? —El joven Anders hablaba excitado—. Soho... Un barrio. Y el primo de Black Rose. Un hombre. Un nombre. *Alguien*, en suma. Es más de lo que hemos buscado o encontrado hasta ahora. Hace de eso veintidós años, pero... ¿por qué no probarlo? ¿Por qué no intentar... encontrar el hilo perdido, en el ovillo del pasado?

Hazel no parecía entender, pero le miraba. A Ryan no le importaba. El sí entendía. Y luego, de repente, Hazel Barrow, periodista aguda y vivaz, sí creyó entender también...

CAPÍTULO VI

El rótulo luminoso tenía un lívido color verde. Sus guiños eran intermitentes, allá en la esquina de la plazuela pequeña y escondida de Soho, entre dos calles escasamente frecuentadas, sobre todo a aquellas horas de la noche.

Había llovizado ligeramente y el suelo aparecía resbaladizo y charolado. El asfalto reflejaba los parpadeos del fluorescente, como si fuese un negro espejo.

—Golden Casino —leyó Ryan, deteniéndose ante la puerta del local. Miró a Hazel, que caminaba junto a él, decidida—. Es el sitio que nos dijeron. Ahí acostumbra a hallarse el hombre llamado Cyril Winters. Tal vez sea el primo de Rose, o tal vez no. Cuando menos, se llama igual. Existe alguna probabilidad de que sea él. ¿Entramos? —¿Y por qué no? —Le miró Hazel críticamente.

—No me parece un lugar adecuado para una dama —comentó Ryan Anders, señalándole los anuncios de *strip-tease*, de actuación de audaces *travestís* y otros números del Londres nocturno, que nada tenían de artísticos ni edificantes.

—Por favor, Ryan, soy algo más que una dama —replicó ella con ironía—. Soy periodista. Y eso lo cambia todo, ¿no le parece? Además, tampoco soy ninguna puritana.

No tema que me escandalice ante nada. Tiene mi palabra.

—Está bien. Vamos allá, Hazel. Pero que conste que la advertí previamente.

Entraron en el Golden Casino de Soho. Resultó ser un local angosto, alargado, cargado de humo, con escasa renovación de aire, un público heterogéneo y poco recomendable, y unas atracciones que rozaban muchas veces lo soez o lo francamente porno, en su afán de resultar divertidas o eróticas. Pero Hazel se portaba muy bien. Incluso a veces reía, contemplando sin escandalizarse lo que sucedía en el escenario.

—Admirable —murmuró Ryan una de las veces, en voz baja, cuando ella aplaudía el final de un número, y una opulenta rubia se despedía del público, entre silbidos y gritos de entusiasmo de la

clientela, recogiendo cuantas prendas dejara en el pequeño escenario, y que eran bastante numerosas.

—Admirable, ¿qué? —indagó Hazel, volviéndose a él y tomando un sorbo de su cerveza—. ¿La rubia?

—No diga atrocidades, Hazel —rió entre dientes Ryan, casi forzado—. Hablaba de usted. Me sorprende su capacidad de resistencia ante ciertas cosas.

—Si no fuese así, no me hubiera dedicado a esto —suspiró ella, moviendo su pelirroja cabeza con energía—. Créame, Ryan; estoy curada de espantos. Lo que importa es que hallemos a ese hombre, a Winters...

—He hablado con el camarero. Le di una propina de diez libras por localizarme en alguna parte a Cyril Winters. Me ha prometido hacer todo lo posible, que es mucho. Casi aseguró que me lo traería antes de una hora, a menos que suceda algo excepcional, y el tipo no venga esta noche por aquí. Dice que eso resultaría bastante raro en él.

—Ya. ¿A qué se dedica exactamente el tal Winters? —se interesó Hazel, enarcando sus cejas color cobré brillante, en el bonito rostro oval, de labios carnosos, breve nariz y ojos pardos.

—A todo un poco. Parece ser que vende drogas, facilita números telefónicos de chicas alegres, y hace cuanto sea preciso por unas cuantas libras. Creo que fue camarero aquí durante un tiempo, pero terminaron echándole por alguna razón. Debe ser un buen elemento el tal Winters...

Estaba actuando en la pista una pareja de mujeres, en un número que limitaba con lo procaz, en medio del regocijo general, cuando una voz cuchicheó cerca de ellos:

—Creo que querían verme, ¿no, amigo?

Alzó Ryan la cabeza. Hazel miró de soslayo, como si aquel espectáculo tuviese para ella un gran interés, y el hombrecillo de cara flaca, mirada huidiza y pálida piel, hizo girar inquietamente sus redondos ojos en las órbitas, como si fuesen dos móviles globos de vidrio, dotados de un mecanismo espasmódico.

—Si es usted Cyril Winters, es cierto —afirmó Ryan entre dientes.

—Lo soy —tragó saliva. Luego, pasó su lengua por los labios, y a Ryan le recordó a una comadreja.

—Entonces, siéntese, por favor. Pida algo. Quiero hablar con usted

de negocios.

—¿Negocios? —El otro miró dubitativo a Hazel—. ¿Para qué? Aquí hallará los que quiera.

—No se trata de eso. Siéntese. No quiero hablarle de chicas, Winters.

—Ya —el recelo aumentó en él—. ¿De qué, entonces? Si usted es de la policía le aseguro que no va a pescarme tan fácilmente. Yo no hago nada ilegal ni...

—Mire, Winters. —Ryan sacó un documento de su bolsillo—. Es mi identidad. Me llamo Ryan Anders y soy escritor. Mi familia es acomodada y no necesito hacer nada para vivir, pero al menos viajo y escribo. Como verá, nada de policía. Y esta joven también escribe en un periódico.

—¿Periodista? —Miró a Hazel, desconfiado—. No me gustan los periodistas.

—No estamos haciendo un reportaje aquí, Winters —le aseguró ella—. Sólo acompaño al señor Anders. Somos amigos. El busca algo. Y lo pagará bien.

—No creo que yo pueda servírselo —rechazó Winters—. Hay quien anda diciendo por ahí que yo vendo cosas prohibidas. Es mentira, lo juro. No sé nada de eso, aunque podría decirle dónde encontrarlo.

—Va a tomarse una cerveza con nosotros, Winters —le invitó Ryan—. Y hablaremos de algo que no son drogas, ni material porno, ni chicas ni nada prohibido por la ley. Sólo hablaremos de algo íntimo, personal. De usted. Y de algún familiar suyo. Nada más.

—Pues... no lo entiendo —se había sentado frente a ellos, sin preocuparse del escenario. Hacía calor allí dentro. A través del humo y las luces rojas del local, Ryan observó que el rostro afilado del hombre, estaba brillante de sudor—. ¿Qué gano yo con todo esto, aparte de tomar una cerveza, amigo?

—Si hablamos amistosamente de todo eso... pues hasta cien libras, inmediatamente —sugirió Ryan calmosamente.

—¡Cien libras! —El otro abrió mucho los ojos, mirándole entre asombrado y escéptico—. ¿Ahora mismo? ¿Aquí?

—Eso es. Ahora mismo. Aquí —extrajo de su bolsillo hasta diez billetes de diez libras. Hizo con ellos un rollo y los puso ante Winters, que volvió a humedecer dos veces seguidas sus labios, fija la mirada en el dinero, más parecido que nunca a una comadreja.

—¿Qué quiere saber por ese dinero, señor? —jadeó el hombre.

—Algo muy sencillo. —Ryan se inclinó hacia él—. Quiero conocer a la familia de Rose Winters, su prima. A *toda* la familia que ella tenga aún con vida, además de usted mismo. Bastará que me de su nombre y el lugar donde puedo hallarles. Es cuanto le pido.

Cyril Winters pareció asombrado. Le miró, sin creer lo que oía. Luego, sacudió la cabeza, perplejo.

—Eso no tiene sentido —confesó—. ¿Por qué quiere saber eso? Mi prima murió hace muchos años...

—Lo sé. Sé quién fue Rose Winters y cómo murió.

—Ella era inocente, maldita sea —farfulló el individuo, cuando ya el camarero le servía una jarra de cerveza negra, que él empezó a beber ávidamente—. La mataron siendo inocente de aquel crimen, ¿entiende?

—Entiendo, sí —afirmó Ryan—. Pero de eso hace ya mucho. Quisiera saber quién vive ahora de la familia. Tengo interés por investigar el pasado. Quizá logre incluso demostrar que ella era inocente. Eso limpiaría quizá su nombre, su recuerdo.

—¿A quién puede importarle ya eso? —Se encogió de hombros Winters—. A los veinte años, todo se olvida...

—No siempre. —Ryan entornó sus ojos agudos, fijos en el hombrecillo—. No siempre, Winters. De todos modos, usted no pierde nada hablándome de su familia. Al revés, gana cien libras.

—¿Me... me asegura que no va a molestar demasiado a la familia de Rose con todo esto? —dudó aún Cyril Winters, ávido por cerrar sus dedos en torno a aquellos billetes de Banco tan apetecibles.

—Tiene mi palabra. Sólo quiero saber quién más lleva el apellido Winters, y dónde está. Sólo eso. Por el hecho de ser un Winters, no será molestado nunca.

—Está bien... —Se frotó la barbilla, nerviosamente—. Sólo quedamos tres familiares. Yo sólo soy un primo de Rose. Entonces, me ocupé de todo. Tenía que hacerlo porque Ruth... Ruth hubiera sido incapaz de ello. Pobre criatura... Era demasiado joven en aquellas fechas.

—¿Ruth?

—Sí... Ruth Winters, su hija... Tenía solamente quince años por entonces... Una niña. Procuré mantenerla apartada de todo aquello.

—¿Ella vive ahora?

—Vive, sí. Se hizo una hermosa mujer. Se casó, tuvo un hijo... Luego, murió el marido. Es viuda. Pero cuida de su hijo, y lo hace bien. Ella tiene ya cerca de los cuarenta años hoy en día. Y el niño sólo diecisiete. Pero ya sabe cómo son los chicos hoy en día. Parece todo un hombre. Siempre pregunta cosas sobre su abuela. Y hay que explicárselas. A los muchachos de hoy no se les puede ocultar nada, señor. Nunca ha comentado cosa alguna. No alude al pasado, a su abuela, a nada de eso... El calla. Siempre calla...

Ryan Anders y Hazel cambiaron una expresiva mirada. Luego, Ryan se inclinó hacia su interlocutor.

—Sólo me falta saber dónde viven, Winters —dijo—. Y las cien libras serán tuyas...

* * *

Era una mujer hermosa todavía. Pese a sus treinta y siete años cumplidos.

—Sí —dijo—. Soy Ruth Winters. ¿Por qué quería encontrarme, señor Anders?

Ryan estudió a la mujer. Piel tersa, ojos oscuros, cabellos castaños, expresión triste y lejana. Lucía un uniforme marrón bajo su gabardina, y estaba a punto de salir de su vivienda en Kesington.

—Quería hablar con usted. De su madre, Rose Winters.

—Mi madre... La Rosa Negra... —Le miró fijamente, casi dolorida—. ¿Vale la pena ahora?

—¿Por qué no? Hay quien todavía cree que ella era inocente. Que la justicia cometió un tremendo error con ella.

—¿Qué puede importar ya eso ahora? —murmuró tristemente Ruth—. Hace veintidós años que está muerta y sepultada. Al menos, dejemos descansar a los muertos, señor Anders.

—Hay quien no los deja descansar, puede creerme —silabeó Ryan con amargura—. Yo, cuando menos, sólo busco conocer la verdad de entonces. Y la de ahora.

—¿La de *ahora*? —repitió ella, sorprendida. Clavó en él sus ojos oscuros y tristes—. ¿A qué se refiere con eso?

—A nada que usted pueda comprender fácilmente. Pero se relaciona con su madre, señora. Me gustaría que pudiéramos hablar ahora ampliamente...

—Imposible —ella miró su reloj de pulsera—. Son ya las nueve, señor Anders. A las nueve y media en punto debo entrar en los grandes almacenes donde trabajo desde hace ya años. No salgo hasta las seis de la tarde. Si quiere que hablemos entonces...

—Muy bien. La esperaré a la salida e iremos a tomar algo, si no le importa.

—¿Por qué habría de importarme? —sonrió desdeñosa—. Usted no tiene mucho más de veinticinco años. Y yo casi cuarenta. No hacemos buena pareja, señor Anders. No creo que venga a seducirme, ¿no es cierto?

—Ciertamente, no. Es usted hermosa. Y ha debido serlo más aún. Pero ya le dije que mi interés se centra en alguien que lleva ya muchos años muerta. Si, entretanto, pudiera hablar con su hijo...

—¿Edgar? —Ella pareció nerviosa súbitamente—. ¿Qué tiene él que ver en esto? Ni siquiera conoció a su abuela. No serviría de nada hablar con él.

—Aun así, me gustaría hacerlo. Créame, me gustaría mucho hacerlo... ¿Dónde puedo encontrar a su hijo? Imagino que estudiará, o trabajará...

—Ahora no está en Londres —eludió ella, con extraña entonación—. Otra vez, quizá.

—Debe ser ahora, señora. —Ryan la miró con fijeza—. ¿Es que no quiere que él hable? ¿Está tratando de mantenerle al margen de todo lo que se relaciona con su abuela? El sabe lo que sucedió, me consta. Y yo no voy a ser imprudente con él, tiene mi palabra. No me gusta herir los sentimientos de nadie, señora.

—Oh, por Dios, no es eso... ¡No es eso! —gimió ella, rompiendo repentinamente a llorar.

Ryan Anders se quedó perplejo, contemplándola con asombro. La hija de Rose Winters, parecía, dar ahora abiertamente rienda suelta a un histerismo contenido durante mucho tiempo. Sus sollozos eran fuertes y violentos. Vio correr el llanto por sus mejillas.

—Señora, por favor... —Trató de confortarla. Puso una mano en su brazo—. Tal vez no debí venir... Pero no puedo haberle dicho nada molesto o doloroso...

—No, usted no... No es eso, señor Anders... —la oyó susurrar entre los sollozos—. Es..., es Edgar, mi hijo... No puedo decirle dónde lo encontrará, porque..., porque *¡ha desaparecido* hace ya un mes! No

sé dónde está, no he logrado dar con él... ni puedo denunciar su desaparición...

CAPÍTULO VII

Percy Wade dejó a un lado el periódico. Agitadamente, se puso en pie. Parecía realmente nervioso, inquieto, dominado por algún extraño temor.

Los titulares del diario, allá sobre la mesa del *living*, eran grandes y sensacionalistas:

«¿QUIEN ASESINO A LA SOLTERONA DE SAINT
JOHN'S

WOOD? ¿SE TRATA, COMO SOSPECHA
SCOT-LAND

YARD, DÉ LA MISMA MANO QUE MATO A DENNIS G.
LEIGHTON CON UN EXPLOSIVO, Y A LA NOVIA DE
WESTMINSTER CON UN RIFLE DE MIRA TELESCOPICA? SI ES
ASI, ¿QUIEN ES EL CRIMINAL Y CUALES SUS MOTIVOS?».

Percy Wade estaba pálido. Acababa de leer en el diario los nombres de las víctimas, la relación de la novia de Westminster Abbey con un tal Ryan Anders, un joven escritor de buena familia... Y todo ello, parecía haberle agitado, sobresaltándole hasta límites insospechados.

Ahora, Percy Wade lamentaba haber regresado a Londres aquella semana. Hubiera sido mucho mejor continuar en el Continente, viajando por Europa, con sus negocios de siempre. De repente, al regreso a su país, se daba cuenta de que Londres podía ser también para él un cepo mortal.

Miró el teléfono, pensativo. Se le ocurrió la idea de descolgarlo, de llamar a New Scotland Yard, exponer algo que estaba pensando...

Desechó inmediatamente la idea. Era ridícula. Quizá no le harían caso. Su teoría resultaba demasiado absurda para ser creída. Tal vez, después de todo, se trataba sólo de un puñado de simples coincidencias. De algo que no tenía el menor sentido, salvo en su propia imaginación.

A fin de cuentas, hacía ya tantos años de aquello... Ciertamente que el periódico hablaba de rosas negras de terciopelo, que recibían las víctimas, poco antes de morir asesinadas.

Ése era un detalle siniestro y novelesco. Podía significar mucho o no ser nada, salvo la manía de un chiflado. Ciertamente que era *otra* casualidad más, quizá la mayor de todas, pero...

Sacudió la cabeza, vacilante. No, no podía llamar a la policía. No aún. Antes, trataría de comprobar ciertas cosas, de cambiar impresiones con algunos de sus compañeros de otro tiempo. Con algunos de ellos había mantenido luego una singular amistad, a través de los años...

Tomó una decisión. Se encaminó a por su agenda telefónica. Buscó en ella, localizando una serie de teléfonos. Al azar, probó fortuna con el primero de ellos.

Marcó un número. Esperó la comunicación.

Finalmente, una voz atendió su llamada:

—¿Dígame?

—Con el señor Robertson, por favor —rogó Wade—. Peter Robertson. Soy su amigo, Percy Wade. Es urgente.

—Lo lamento, señor. Usted debe ignorar lo sucedido, evidentemente...

—¿Lo sucedido? —Enarcó las cejas Wade, inquieto—. ¿A qué se refiere?

—Al señor Peter Robertson, señor Wade... —informó la voz gravemente—. Ha muerto.

—¿Qué? —aulló Wade, palideciendo—. ¡Muerto! ¡Pero si estaba lleno de salud y de vida hace sólo tres meses...!

—Así es. Murió víctima de un desgraciado accidente.

Cayó de su oficina a la calle, en el edificio comercial donde tenía su negocio... Era un duodécimo piso, como usted sin duda sabrá, señor. Murió en el acto. Claro que aún no está descartado el suicidio, e incluso el asesinato, pero... oficialmente, fue un accidente.

Colgó Wade, mortalmente pálido, sintiendo temblar sus manos. Una palabra bailó en su mente, mientras contemplaba el teléfono como hipnotizado: *asesinato*...

—Cayó del duodécimo piso... Suicidio... o asesinato... —musitó, perplejo—. O sólo accidente... Dios mío, Robertson ha muerto...

Una inquietud creciente se apoderaba de él. Cuando marcó el segundo número, su dedo índice era inseguro, tembloroso. Cuando la voz de una telefonista atendió su llamada, preguntó, con cierto temor:

—Por favor, ¿señor Nigel Cole?

—El señor Cole está ausente todo el día de hoy. Volverá mañana, sin falta. ¿Quién le llama, por favor? —preguntó la telefonista con su tono rutinario.

—Oh, es igual, gracias. Dígale que llamó Percy Wade. Hablaré con él mañana... —Y colgó, respirando con alivio.

Había un tercer nombre en su agenda. Existían otros dos, pero esos sabía que llevaban algún tiempo fuera del mundo de los vivos. De modo que se concentró en la tercera y última llamada. Marcó el número.

Tras un largo silencio, sonando solamente el lejano zumbido del llamador telefónico, alguien descolgó, hablando con sequedad:

—¿Sí, dígame? ¿Quién llama?

—Soy Percy Wade. Quisiera hablar con la señorita

O'Brien.

Patricia

O'Brien...

Un breve silencio. Casi captó la respiración de su comunicante. Luego, la voz expuso con acritud:

—¿Es que no sabe que Patricia

O'Brien

ha muerto ya hace un mes, atropellada por un automóvil? Si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia, señor —y colgaron bruscamente.

Un sudor frío cubrió la frente de Wade. Cayó en un asiento, abatido.

—Muerta... Patricia

O'Brien

muerta..., atropellada por un coche... —jadeó—. Cielos, ¿accidente... o asesinato?

Y contempló casi con terror el teléfono. Luego, tomó una brusca decisión. Descolgó el aparato. Marcó Whitehall 12-12.

—¿Scotland Yard? —preguntó al establecer la comunicación.

—Scotland Yard, señor —afirmó la voz distante—. ¿Quién llama?

—Percy Wade —dio su dirección—. Quiero hablar con Homicidios.

—Un momento, no se retire —sonaron varios «clics» metálicos. Luego, una voz preguntó gravemente:

—¿Quién llama? Aquí Homicidios.

—Quisiera hablar con el inspector-jefe de ese departamento —rogó Wade con energía.

—Lo lamento, señor. El inspector-jefe Hildern está ahora ausente de su despacho. No puede tardar en regresar, sin embargo. Si quiere llamar dentro de una o dos horas, creo que podrá usted...

No, no. Es demasiado urgente —murmuró Wade, con voz ronca—. Se trata de..., de una serie horrible de asesinatos.

—¿Asesinatos? —La voz del hombre de Scotland Yard sonó con brusco sobresalto—. ¿A qué se refiere? Hable, se lo ruego. Soy el sargento Flanagan, de Homicidios. Si es un asunto urgente...

—Lo es, sargento. Acabo de enterarme de que dos personas amigas han muerto violentamente, en circunstancias poco claras. Pudieron ser accidentes, pero sospecho que son dos asesinatos. Igual que la muerte de Dennis G. Leighton y la de Melissa Huntley...

—Siga, por favor. Eso puede ser importante. ¿Sabe usted algo al respecto?

—Creo saberlo. Si pudiera hablar con ustedes, exponerles lo que sospecho que está ocurriendo. Es sólo una teoría, pero podría ser cierta... Puedo ir ahora mismo a Scotland Yard y...

—No, no. Es preferible que se quede dónde está —cortó Flanagan con energía—. Venir usted solo hacia acá, puede ser peligroso. Iremos a recogerle. Vendrá bien escoltado. Me temo que no podemos correr riesgo alguno. No se mueva de donde está. Dígame su exacto emplazamiento actual, y espere allí. En menos de veinte minutos estaré con usted. Lo que me ha contado puede ser muy importante para nosotros, señor Wade.

—Está bien. Le espero. No se demore. Estoy..., ¡estoy realmente asustado! —jadeó Wade.

—Lo creo. Tiene motivos para ello —dijo Flanagan con firmeza—. Un asesino enloquecido anda suelto por Londres... y usted puede ser su nueva víctima...

Colgó el sargento Todd Flanagan el teléfono. Percy Wade también. Luego, nerviosamente, encendió un cigarrillo, comenzando a pasear como un tigre enjaulado, a la espera de la llegada de la policía.

Todd Flanagan dio otra vuelta en torno al cuerpo tendido en tierra. Examinó la flor negra, depositada sobre el cadáver, justo encima de su pecho. El agudo estilete asomaba un poco por encima de la rosa de terciopelo, hincado hasta la empuñadura en la tetilla izquierda. Justo sobre el corazón. Gotas de sangre habían salpicado las ropas. Y también la rosa negra...

—Percy Wade —recitó, examinando los documentos del hombre con expresión sombría. Los tendió a su superior con aire abatido—. Es él, no hay duda. El hombre con quien hablé por teléfono, señor. Meditabundo, asintió el inspector-jefe Hildern. Su cabeza se movió como si la accionara un mecanismo mal engrasado. Incluso una vértebra produjo un chasquido en su cuello, que pudo ser oído en el silencio del gabinete.

—Una vez más... llegamos tarde —jadeó Mark Hildern.

—El asesino es rápido —resopló el sargento Flanagan con voz ronca—. Muy rápido, señor. Yo vine inmediatamente de recibir la llamada en Scotland Yard. Avisé por el camino a un coche-patrulla también. Ellos llegaron un poco después que yo. Y yo... un poco después que la persona que mató a Percy Wade. Por eso digo que tuvo que obrar con mucha rapidez.

—Y en esta ocasión no utilizó armas de fuego, ni explosivos —murmuró irritado Hildern—. Un estilete... Un crimen a la antigua usanza.

—De todos modos, al criminal le gusta variar de arma, tío Mark —apuntó Ryan Anders, que había llegado minutos antes al lugar del crimen, llamado por su tío—. Primero fue un explosivo, luego un rifle de mira telescópica, después una pistola con silenciador... y ahora un estilete. Parece divertirle la forma de elegir su método de muerte. Sólo en algo no cambia: la rosa negra...

—Evidentemente —suspiró Todd Flanagan, agitando su pelirroja, maciza cabeza, con aire reflexivo—. Y esta vez, incluso parece haberse entretenido en colocarla sobre el cadáver. Como una firma...

—La firma del asesino —afirmó Anders—. Es obvio que le complace su juego. Está divirtiéndose a costa nuestra. Lo que no veo por aquí es el envoltorio, el paquete postal con el que llegaría la rosa...

—Cierto. —Hildern miró por todos lados, perplejo—. Tal vez se deshizo de él, antes de requerir, asustado, nuestra ayuda. Sargento, ¿puede recordar exactamente lo que él le dijo al llamar?

—Es una lástima que no registrase la llamada, grabándola en cinta magnetofónica, señor —se lamentó su subordinado—. Pero entonces no pude imaginar su importancia. Ni tampoco me pasó la idea de que ese hombre pudiera morir. ¡Incluso le recomendé que no se moviera de aquí, que no acudiese a Scotland Yard por sí mismo, ya que podía peligrar su vida! Cielos, qué estúpido fui...

—Usted obró bien, sargento —aprobó Anders—. El asesino hubiera obrado aún con más libertad en plena calle, mientras Percy Wade iba a Scotland Yard. Lo que no pudo imaginarse nunca, es que él vigilara tan de cerca a su víctima, que apenas hizo la llamada, la ejecutó sin perder momento... ¿No recuerda ninguna cosa significativa de la llamada de Wade? ¿Le citó él la rosa negra, mencionó algo especial, por lo que recurriese a la policía?

—No, no —rechazó Flanagan—. Estoy seguro de que no citó para nada esa maldita flor. Pero parecía muy seguro de cuanto decía... Creo recordar que mencionó algo sobre otras víctimas, personas que le eran conocidas por alguna causa... Y eso fue todo, que yo recuerde. De haberlo sabido, le hubiese hecho más preguntas, hubiera tratado de indagar algo que nos sirviera de guía en este endemoniado asunto...

—Ni usted ni nadie podía imaginarse, esto, sargento —le consoló el inspector Hildern—. Ha obrado bien en todo momento, y le felicito por ello. Lo único que sucede es que el asesino es más listo que todos nosotros.

—Si al menos supiéramos qué nexos une a sus víctimas con..., con Rose Winters, la muchacha ajusticiada hace más de veinte años...

—Ryan sacudió la cabeza, desolado—. Especialmente, yo. ¿Qué diablos de relación puedo tener con todo eso, si solamente tengo veintiocho años, y entonces era un niño?

—Me lo he preguntado muchas veces, señor —suspiró el sargento Flanagan—. Y no logro entenderlo. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo...

Más o menos —había un amargo sarcasmo en la voz ronca de Mark Hildern—. Bien, vámonos de aquí, señores. Los peritos están trabajando en el terreno, y nos darán el informe. El forense nos

proporcionará el suyo. Por desgracia, éste es un edificio comercial, en el que hay cuatro ascensores, entran y salen cientos de personas a cada momento... y nadie, absolutamente nadie, se fijaría en un visitante del señor Wade, siendo como era ésta su oficina profesional de hombre de industria. Sólo sabemos que acababa de llegar del continente, donde pasó unos meses. Por tanto, es muy posible que ignorase todo cuanto sucedía en Londres y, a su llegada, por alguna razón, averiguó qué personas habían muerto, y ató cabos con algo que él ya sabía. Eso es lo que tenemos que encontrar, a toda costa.

Se encaminaron Flanagan, Anders y él hacia la salida de las oficinas comerciales en el Strand londinense, dejando en la planta a los expertos de la policía, ocupados en la tarea de buscar huellas, indicios, de examinarlo todo, de tornar fotografías y cuanto de rutinario había en el examen del escenario de un crimen. Pero interiormente, el inspector no confiaba en obtener nada con todo aquello.

A la salida, se encontraron con el rojo «Morris» pequeño que intentaba aparcar junto a los coches-patrulla de la policía, pese a la prohibición de ésta. La cabeza y brazo de Hazel Barrow asomaban por la ventanilla, en su discusión con los agentes de vigilancia de la zona. Se animó ella al ver a los tres hombres.

—¡Eh, inspector! —gritó—. ¿Por qué no me echa una mano? Sus subordinados son muy obstinados en cumplir órdenes...

—Es lo que se les ha exigido —sonrió Hildern, aproximándose a la joven periodista, seguido por su sobrino y por el sargento—. ¿Ya sabe lo ocurrido?

—Las noticias vuelan, inspector —suspiró ella, mirando el alto edificio de oficinas—. De modo que ya hay otra víctima... ¿También con una rosa negra?

—También —afirmó Hildern, ceñudo—. Pero ésta, entregada en propia mano, según parece.

Los ojos de Hazel chispearon con astucia.

—Ya —comentó—. ¿Quién era la víctima? ¿Percy Wade, tal vez?

—Sí, exactamente. El era quien... —se interrumpió de súbito Hildern, con perplejidad, y se quedó mirando, atónito, a la muchacha—. Eh, un momento. ¿Cómo sabe eso? Nadie de mi departamento ha notificado el nombre de la víctima a periódico

alguno...

—Era obvio —sonrió ella con aire triste—. Tenía que ser uno de los tres. Y sólo Wade era industrial. Este edificio es el Indubuilding. Totalmente dedicado a la industria británica, señores. La deducción era sencilla.

—Un momento, Hazel —ahora era Ryan quien daba un paso adelante, mientras la joven reportera salía airoso del «Morris», dejando que su corta falda, a lo Mary Quant, mostrara generosamente sus espléndidas piernas—. ¿De qué TRES hablaste antes?

—Sí, ha mencionado a *tres* personas —silabeó Hildern, perplejo—. ¿Quiénes son?

—Percy Wade, Alan Munro y Nigel Cole —explicó ella escuetamente—. Los tres que quedan con vida.

—Pero los tres... ¿qué? —Se irritó Hildern.

—Verá, inspector... —Parada en la acera, la belleza juvenil e insultante de la muchacha atraía las miradas varoniles. Pero ninguno de sus tres acompañantes se mostraba ahora particularmente interesado por su atractivo, sino por sus palabras y su aire enigmático—. Sé que murieron de muerte natural unas cuantas personas: María Gray, Edward Adams, Christopher Brand... Murieron extrañamente, en accidentes *muy raros*, Peter Robertson, Barry Howard y Patricia O'Brien.

¿Van entendiendo? Hasta ahora he hablado de SEIS personas muertas. Unas, por ley natural. Las otras... quizá asesinadas. Posteriormente, caen Dennis G. Leighton, Melissa Huntley... y, ahora, Percy Wade. ¿Cuántas tenemos ya?

—Nueve —citó Ryan Anders, tenso—. ¿Y qué, Hazel? ¿Adónde vas a parar con todo eso?

—Nueve..., más los otros dos hombres que cité: Alan Munro y Nigel Cole. Ambos viven. Es decir, vivían hace unas horas, cuando menos.

—Vivían... —Silabeó Hildern, repitiendo su palabra. Sacudió la cabeza—. Cielos, no entiendo una palabra. Ha citado a once personas. ¿Qué significan todas ellas en este maldito embrollo, Hazel?

—¿Es que no se dan cuenta? Tenemos ya ONCE personas sentenciadas a morir. Sólo que la muerte natural se anticipó al

asesino en cuatro casos concretos... Todas esas personas, sin relación entre sí, sin parentesco ni amistad, salvo en algún caso aislado..., ¿qué pueden significar, cuando tenemos que la rosa negra del asesino simboliza el nombre de una mujer, muerta hace veintidós años en la horca, acusada de asesinato?

Hubo un silencio en el grupo parado en la acera, frente al edificio industrial del Strand. Ryan Anders parecía reflexionar con el ceño fruncido. Flanagan contemplaba a la joven periodista con una fijeza torpe, como si no entendiera una palabra de todo aquello. Hildern estaba irritado.

—Al diablo con todo. ¿Qué significa? Usted parece saberlo, muchacha. Sáquenos de dudas de una vez por todas.

—Un momento —habló Ryan—. Yo creo entender, pero..., pero algo falla. Me falta algo para interpretar tus palabras, Hazel. Has mencionado a un grupo de personas sin relación entre sí, pero relacionadas directamente con una mujer ajusticiada... Eso me hace recordar que, naturalmente, esa mujer, Rose Winters, tuvo que ser procesada para ir a la horca.

—Es obvio, sobrino —dijo, sarcástico, su tío Mark.

—Y por tanto, hubo un juez que la condenó a muerte..., pero no sin que antes... UN JURADO la encontrase culpable.

—¡Un jurado! —exclamó Mark Hildern, atónito—. Cielos... Pero no, no puede ser. Falta algo, Hazel...

—Falta *un miembro* —replicó Ryan secamente—. Has citado a ONCE, no a DOCE, que es la cifra legal de miembros de un jurado...

—No olvido a nadie, Ryan. A eso iba a parar ahora —ella le miró con fijeza—. El miembro número doce se llamaba... *Ryan Anders*.

—¿Eh? —Ryan abrió sus ojos, aturdido—. Imposible... Yo nunca he pertenecido a jurado alguno. Y menos, hace veintitantos años. Sólo tenía cinco. Hubiese sido un jurado demasiado precoz, ¿no crees? A menos que...

Hazel Barrow le miró, sonriente. Asintió con la cabeza, risueñamente.

—A menos que el jurado Ryan Anders fuese TU PADRE, Ryan... ¿Lo fue?

Dios mío... —Ryan se tomó la cabeza entre ambas manos. Todo pareció dar vueltas en torno suyo—. Mi padre... Sí, él fue jurado una vez. Nunca supe cuándo, exactamente. Ni en qué asunto... A él

nunca le gustó hablar de ello, pero no parecía satisfecho de su labor en aquel caso...

—Ya lo tienes. Era el jurado número doce. La muerte natural se Jo llevó también antes de que empezara esta venganza... Y el asesino, por error, sin pararse a averiguar la edad del actual Ryan Anders que aún vivía, quiso disparar y matarlo..., sin darse cuenta de que era el hijo de su víctima el elegido. ¿Te das cuenta ahora de la razón que nunca lograste comprender, para que intentaran asesinarte a ti, hiriendo por trágico error a tu prometida?

—Un jurado... —recitó despacio Mark Hildern, excitado—. ¿Cómo lo supo, Hazel?

—Revisando viejos periódicos, inspector. En uno de ellos se extendían en detalles sobre el juicio. Y leí ciertos nombres... Y entendí entonces.

—De modo que ahora sólo quedan dos víctimas propiciatorias... —Ryan Anders endureció su gesto—. ¡Hay que evitar que mueran, tío Mark!

—Haremos todo lo posible por conseguirlo, no lo dudes. —Hildern se encaminó a su coche-patrulla—. También vamos a buscar hasta el último rincón de Londres a esa persona desaparecida, a Edgar, el nieto de Rosa Negra... Su nombre completo es Edgar Atkins. Su padre, Henry Atkins, murió hace algunos años. También hay que interrogar a Ruth Winters y a Cyril, el primo de Rose. Flanagan, ocúpese de todo eso inmediatamente.

—Sí, señor —afirmó el sargento—. ¿Alguna orden de arresto?

—Tres. Una para cada uno de ellos: Cyril, Ruth Winters y Edgar Atkins. Acusados de sospechosos en un caso de asesinato. No quiero que se me escape ninguno de los que tienen razones para estarse vengando en los miembros de un jurado, por haber considerado culpable de homicidio a su familiar. ¡No pierda tiempo, Flanagan! ¡Que arresten al primo y a la hija de Rose Winters inmediatamente! ¡Y que se busque por todo Londres a ese muchacho de diecisiete años! No olvide que en una ocasión se usó rifle de mira telescópica... y los jóvenes de ahora son muy dados a convertirse en francotiradores, como protesta contra la sociedad...

Flanagan partió con otro coche-patrulla, mientras Ryan entraba en el de su tío, y Hazel se dirigía a hacer su información en el edificio de oficinas donde muriera Percy Wade.

Por el camino, nadie habló. Pero Hildern iba sumido en sus reflexiones, con gesto hosco y sombrío. A su lado, Ryan Anders meditaba sobre lo que acababa de saber a través de la investigación personal de Hazel Barrow.

Alguien, en su afán homicida, había pasado por alto un importante detalle sobre Ryan Anders: su edad. Y sin pensar que pudo ser otro Ryan Anders el antiguo jurado en el proceso por homicidio, atentó contra él, matando estúpidamente a Kathy. La vida ofrecía a veces crueles paradojas, contrasentidos irritantes y fatales.

—Pobre Kathy... Tú, que nada tenías que ver con todo esto..., pagaste con tu vida —murmuró Ryan, cuando entraba ya el coche oficial en el recinto policial de Victoria Embankement—. Es un crimen que jamás podré perdonar. Jamás...

Salieron del coche, cruzando el amplio patio de New Scotland Yard, hacia las oficinas de Homicidios. Por el camino, con sus andares rápidos y de larga zancada, Mark Hildern iba hablando a su sobrino:

—Evidentemente, el asesino es un loco, un peligroso demente, dispuesto a terminar hasta con el último de los doce jurados. Pero ¿por qué esperó tantos años, Ryan? ¿Por qué no iniciar entonces la venganza, en caliente, en vez de esperar veintidós años a iniciar su cumplimiento?

—Caben dos posibilidades, tío.

—¿Cuáles?

—Una, que no le fuera posible entonces, por alguna razón que ignoramos. Otra... que no pudo ser de otro modo, porque entonces el vengador *no existía* o era demasiado joven.

—Ya veo adónde vas: el nieto de Rose Winters... o quizá la hija. Ésta era muy niña entonces. Y había vivido en un feo ambiente, siendo su madre lo que era...

—Son dos posibilidades, entre tantas otras. En cambio, el primo Cyril encaja menos. Es un bribón de los bajos fondos. Creo que carece de inteligencia y de sangre fría para una cosa así. Además, tiene casi cincuenta años. Entonces ya tenía suficiente edad para vengar a su prima, si ése era su deseo.

—Tal vez estaba encarcelado —apuntó Hildern—. Es una posibilidad más, tratándose de un tipo como Cyril Winters.

—Pudiera ser —asintió Ryan—. Una larga reclusión en alguna parte

podría significar un retraso en la venganza. Pero veintidós años me parecen demasiados años de reclusión, no existiendo un delito de sangre por medio, tío Mark.

—¿Por qué no pudo existir? Revisaremos los antecedentes de Cyril y de Ruth Winters. En cambio, quizá no haya gran cosa sobre el muchacho, Edgar, dada su edad...

—Sin embargo, él ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Eso puede significar algo, tío Mark. Y quiero saber qué.

—Deja eso en nuestras manos. Scotland Yard puede encontrar mejor a ese muchacho que un aficionado como tú...

—A veces no se sabe, tío Mark —sonrió enigmáticamente Ryan—. De momento, hazme un favor.

—¿Cuál?

—Demora el arresto de Ruth Winters... hasta mañana por la mañana. Deja que esta noche siga en libertad, sin sospechar que va a ser arrestada. Avisa a Flanagan en ese sentido, antes de que se precipite.

—¿Por qué me pides eso?

—Tengo una idea. Quiero comprobarla esta noche.

—Sería mejor que me dijeras cuál es. Nosotros haríamos el resto.

—Hay cosas que puede hacer un hombre solo, sin ser policía. Pero no una legión de agentes, tío. Hazme ese favor.

—¿Y si se comete otro asesinato?

—Si se cometiera, y fuese Ruth Winters la culpable, yo lo sabría antes que nadie. Ten en cuenta que te pido eso para estar muy cerca de ella todo el tiempo...

—¿Vas a vigilarla? Te reconocerá. En cambio, a un policía, no.

—Un policía obra de modo diferente a como yo lo haga. Me pareció una mujer muy lista y recelosa. Sospecharía enseguida. De mí, te prometo que no sospechará nada, tío Mark.

¿Piensas convertirte en el hombre invisible?

—Por el contrario. Pienso que me vea todo el tiempo. Es la mejor forma de vigilar muy de cerca a alguien... sin que ese alguien lo sospeche.

Su tío le miró, perplejo, sin entender una sola palabra. Pero finalmente se encogió de hombros y asintió, como de mala gana.

—Está bien —dijo—. Concedido. Pero sólo por esta noche, recuérdalo. A las ocho en punto de la mañana, estarán nuestros

hombres en casa de Ruth Winters, para traerla aquí bajo arresto. No te concedo ni un minuto más de ese tiempo.

—Ni hace falta, tío. Si esta noche no obtengo lo que espero, nunca lo alcanzaré.

Se ausentó, seguido por la mirada intrigada del inspector-jefe. Éste, malhumorado, refunfuñó, camino de su oficina, moviendo la cabeza de un lado a otro:

—¡Infiernos de muchacho...! Si no fuera sobrino mío... Pero aun así, detesto a los detectives aficionados. Nunca sirven para nada, excepto en las novelas...

CAPÍTULO VIII

Los grandes almacenes cerraban sus puertas ya.

Ryan Anders se aproximó a la salida de personal cuando descubrió, entre las demás, la figura conocida de Ruth Winters. Observó que sus cabellos no eran tan castaños como le parecieran aquella mañana, sino más bien tirando a rojos. No tan pelirrojos como el cabello de Hazel, pero sí de un color cobre intenso, bastante oscuro. Su figura, pese a su ya incipiente madurez, poseía el atractivo y arrogancia de una mujer más joven. La mirada seguía siendo triste, incluso cuando le descubrió, y logró dibujar una sonrisa en sus labios.

—¿Usted? —preguntó, algo sorprendida—. No esperaba verlo otra vez...

—Quedamos a las seis de la tarde, ¿ya lo había olvidado? —sonrió Ryan jovialmente.

—Eso fue antes de hablar de..., de mi hijo —ella bajó los ojos. Las pestañas, a la claridad de los anuncios y escaparates, ya iluminados en la tarde londinense, sí brillaron como hebras de cobre rojizo—. Pensé que cambiaría de idea...

—¿Por qué motivo? Quería hablar con él, pero nadie puede hacer milagros. Si usted ignora dónde está el muchacho, mi charla con él tendrá que esperar. Pero podemos hablar los dos.

Echaron a andar, el uno junto al otro, por la acera de Oxford Street. Ella parecía algo cohibida.

—No hacemos una buena pareja, señor..., señor Anders —dijo de pronto.

—¿Por qué no? Llámeme Ryan, por favor.

—Es obvio, Ryan... Usted tiene veintitantos años nada más. Yo soy bastante mayor.

—Nadie lo diría, se lo aseguro.

—Es muy amable. Pero sé lo que digo. La gente puede pensar mal.

—Deje que piensen lo que quieran. Insisto en que parece mucho más joven de lo que es, señora Winters..., ¿o señora Atkins?

—Ni una cosa ni otra —suspiró ella—. Llámeme Ruth. Parece que

quiere que seamos amigos, ¿no?

—En efecto. Gracias, Ruth —siguieron andando—. ¿Va a algún sitio determinado?

—A ninguno. Del trabajo, me encamino cada día a casa. Eso es todo.

—Hoy será diferente. Iremos a tomar un aperitivo. Luego, cenaremos en algún sitio. Y si le gusta, iremos al teatro...

—Un hermoso programa para la velada de una viuda solitaria —se detuvo de repente, y se volvió a él. En sus ojos ambarinos había una cierta frialdad—. ¿Por qué hace todo esto, Ryan?

—¿El qué?

—Esperarme, ir conmigo a todas partes, invitarme... ¿Qué busca?

—Ya se lo dije. Soy escritor. Me interesa Rose Winters. Y su pasado.

—Rose Winters está muerta y enterrada. Y su pasado también —fue la seca respuesta—. No me gusta que mi madre sea motivo de curiosidad ajena. No tiene sentido, además.

—Es lo que usted cree. Escribo un libro sobre ella —mintió Ryan Anders—. Necesito datos de su vida, de su procesamiento, de su muerte...

Perderá su tiempo. No voy a hablar de nada de eso. No lo recuerdo apenas. Ni quiero recordarlo. Ya le dije que yo era muy niña entonces...

—Escuche, Ruth. No voy a escribir basura ni sensacionalismo barato. No voy a hacer trizas la memoria de su madre. Por el contrario, pienso que es posible que ella fuese inocente. Que el juicio fuese un gran error jurídico... y la sentencia más aún.

—Yo no lo sé. Mucha gente dijo eso entonces. Pero a ella la ajusticiaron. Personalmente, creo en ella. No acepto que matase a nadie, pero ¿de qué sirve ya eso?

—Nadie la podrá resucitar, Ruth. Pero si pudiéramos limpiar su memoria... Sería hermoso. Por ella, por usted... y acaso por Edgar.

—Edgar... —suspiró, cerrando sus ojos—. No me hable de él, por favor. No logro entender a mi hijo.

—¿Por qué? ¿Tan extraño le parece?

—En cierto modo, es como usted. Le preocupa el pasado de los demás. Quizá sea ésa la causa de sus rarezas. El saberse nieto de una homicida que murió en la horca, puede influir en él.

—Más de lo que supone, Ruth. Quizá esa prueba de inocencia, le

haría cambiar radicalmente. ¿A qué se dedica él en la actualidad?

—Estudia. También trabaja. Tiene un conjunto musical con unos amigos. Toca la primera guitarra. Quiere ser músico. Pero también estudia otras cosas, por si el arte se le da mal. Es un gran chico, aunque algo retraído, metido en sí mismo...

—¿Acostumbra a desaparecer con frecuencia?

—Nunca lo hizo antes de ahora.

—Usted dijo que hacía un mes. Es demasiado tiempo. Pudo sucederle algo malo... Y, sin embargo, no quiere usted denunciar su desaparición.

—Sé que nada le ocurre.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Me ha telefoneado varias veces. Incluso me ha dejado dos misivas en casa. Siempre dice lo mismo: no quiere decir dónde está. No quiere hablar de sus motivos. Pero está bien, y no desea que la policía le busque. Dice que volverá en breve. Que no me preocupe por él. Que está haciendo algo que sólo él puede hacer...

—*Haciendo algo que sólo él puede hacer...*— Ryan se estremeció, al repetir las palabras de Ruth Winters, imaginando lo peor. —Eso es muy ambiguo. No quiere decir nada. ¿O tal vez para usted sí?

—Estoy tan a oscuras como pueda estarlo usted —confesó ella, y Ryan hubiera querido saber si era sincera o no—. Pero confío en él. Espero que no haga nada malo. Y que regrese pronto a casa...

—¿Por qué habría de hacer nada malo? —preguntó Ryan vivamente.

—No sé... Como los jóvenes de ahora son tan impulsivos, tan violentos...

—¿Le gusta manejar armas, se pelea con frecuencia, es agresivo con los demás?

—No, por Dios. Sólo es inconformista, rebelde socialmente... Ya sabe.

—Sí, ya sé... —Ryan suspiró—. Pero hablamos demasiado de él. Y es usted quien me interesa. Usted... y su madre.

—Le dije que no hablaría de eso, Ryan.

—Muy bien. No hablemos de eso —se detuvo frente a un club céntrico. Lo señaló—. Vamos. Tomaremos ahí el aperitivo. Luego, elegiremos restaurante...

Ruth Winters se dejó llevar, como una nueva Cenicienta que fía en

el inesperado príncipe que aparece en su vida.

* * *

—Ha sido una noche imborrable, Ryan —aseguró ella, paseando lentamente sobre el mojado asfalto, de regreso a casa—. Creo que no la olvidaré en mucho tiempo. Tengo tan pocas ocasiones de divertirme, de salir de mi rutina diaria...

—Tendrá que hacerlo con más frecuencia. Esto es la vida. Y hay que vivirla.

—Si fuera posible... Pero mi trabajo no me da para esas cosas. Edgar no gana lo suficiente para mantenerse, para sus estudios... Mi sueldo es lo único seguro en casa.

—Sí, entiendo. De todos modos, puede que muy pronto disponga de más dinero que ahora.

—¿Usted cree? —dudó ella, mirándole asombrada—. ¿Me va a tocar la lotería, o quizá las apuestas deportivas, Ryan?

—No hablo del azar. Hablo de mi libro.

—¿Su libro? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Ruth, voy a decirle algo —había dejado su coche en el cercano aparcamiento. Ahora caminaban a pie calle abajo, hacia la vivienda de la hija de Black Rose. Se detuvo de pronto Ryan, tomó a la dama por los brazos, y ella le contempló con cierto sobresalto, no exento de emoción muy femenina. Un hombre joven, atractivo y viril, la tenía entre sus brazos, aunque a distancia prudencial y honesta. De todos modos, era una emoción para ella, que trató de dominar del mejor modo posible. La voz de Ryan Anders proseguía ya—: Ruth, no estaba seguro de escribir ese libro. He escrito algunos en mi vida, y se han vendido muy bien. Viviría de ello, de no ser porque dispongo de otros medios de vida. Ahora sí estoy decidido a escribir un libro sobre Black Rose, su vida, su muerte... y también sobre una venganza más allá de la tumba...

—¿Una... *qué?* —se asombró ella, y parecía sincera.

—Ruth, hay algo que no le dije antes, por no estropearle la noche. Ahora me veo obligado a hacerlo. Alguien está asesinando, uno por uno, a los doce jurados que encontraron culpable de homicidio a su madre, hace veintitantos años.

—¡Dios mío, no! —Palideció ella intensamente, dilatados sus ojos.

—Es así, aunque resulte desagradable hablar de ello. Algunos murieron de muerte natural, pero los demás, no. Quedan solamente dos con vida. El asesino puede que intente terminar su obra. Estamos seguros de que el culpable actúa así para vengar la muerte de Rose Winters. ¿Quién puede desear tal cosa hoy en día, Ruth?

—No, no... —se desasíó de él, ya extinguida toda posible emoción física, ante el impacto de la reciente noticia—. Ryan..., me está... mintiendo usted...

—Tiene mi palabra, Ruth. Está sucediendo eso. La policía lo sabe.

—Es demasiado horrible... «Una monstruosidad...». —Alzó los ojos, aturdida—. Sé lo que piensa... No, Ryan, *eso* no puede ser... ¡Edgar nunca haría daño a nadie!

No he dicho que su hijo sea culpable. Pero podría serlo para la policía, si sigue escondido. Debe convencerle para que reaparezca y explique sus pasos. Ruth, de ese libro que yo escriba, los derechos legales irán a su nombre. Usted cobrará de él... y tendrá una vida mejor con su hijo al lado...

—Dios mío... —Se cubrió el rostro con ambas manos—. Edgar... Edgar es inocente, lo sé...

—Yo deseo que lo sea. Pero él es quien tiene que explicarse, para que le crean. De otro modo, corre el riesgo de ser perseguido y acusado. Ruth, usted misma... será quizá llamada a interrogatorio por la policía. Y su tío Cyril... Toda la familia Winters es ahora el objetivo de Scotland Yard, lo sé muy bien...

—Ryan, ¿ha venido usted acaso a..., a espiarme, a sonsacarme en nombre de ellos?

—Le prometo que yo no trabajo para la policía. Sólo para mí mismo. Y soy escritor, se lo juro. Busque a su hijo. Trate de localizarlo, de llamarle a su lado. Que deje todo lo que esté haciendo, sea lo que sea. Es más importante hallar al asesino para librarse ustedes de toda sospecha. Y, tal vez, para que sepamos algo más sobre el pasado de Rose Winters... y algún día quede limpia su memoria.

—No..., no sé... Me siento tan..., tan confusa... Por favor, Ryan, ahora déjeme sola... Si sé algo, si averiguo algo... le llamaré, le informaré yo misma...

—Gracias, Ruth. Hágalo. Confíe en mí, y yo la ayudaré —le entregó una tarjeta de visita—. Aquí tiene mi dirección, mi teléfono.

Recurra a mí cuando sea. Buenas noches, Ruth...

Antes de separarse de ella, se inclinó. Besó la mejilla febril de la mujer. Ella tembló. Pero sus propios temores de ahora acallaron su instinto de mujer. Dio media vuelta y taconeó, rápida, hacia su casa.

La espera era larga.

Seguía habiendo luz en la planta alta de la casa, Ruth Winters no dormía. Su sombra pasaba a veces ante los visillos de la ventana iluminada.

Ryan Anders consultó su reloj en la sombra del callejón donde se ocultaba. Las cuatro de la madrugada. Sólo cuatro horas más tarde, Ruth sería detenida para un interrogatorio.

Impaciente, dio unos pasos por el callejón, manteniéndose en la sombra. Se abstuvo de fumar un cigarrillo por no delatarse con la brasa. Sus paseos siguieron, para combatir la humedad y el frío de la brumosa noche. A las cuatro y diez volvió a consultar su reloj, malhumorado.

De repente, alzó la cabeza. Se mantuvo quieto.

El taxi se había detenido a dos manzanas. De él bajó una figura. Pagó al conductor, y el coche de alquiler se alejó. La figura traía consigo algo voluminoso y alargado. Podía ser un estuche de rifle de caza mayor. Pero era solamente la funda de una guitarra eléctrica. Pudo advertirlo cuando la figura flaca, enjuta y ágil, de pantalones tejanos y chaqueta corta, de cuero, con adhesivos en las mangas y espalda, se aproximó al edificio de las ventanas iluminadas.

Ryan Anders apretó los labios con fuerza. Sus ojos brillaron en la oscuridad. Lo había conseguido. Allí estaba ya Edgar Atkins, el hijo de Ruth Winters.

Le vio llegar a la puerta de la casa. Rápido, Ryan abandonó su refugio cuando el joven vacilaba, la mirada fija en las luces de la planta alta. Se precipitó en veloz carrera hacia el muchacho. Los músculos ágiles y elásticos del joven escritor, catapultaron su figura a través de la calzada.

Edgar giró la cabeza, sobresaltado. Su rostro enjuto y juvenil, reflejó terror. Trató de huir, tirando su guitarra al asfalto. Ryan era más rápido que él. Cayó como un felino sobre el muchacho asustado. Rodó con él por tierra, aferrándole para que la escurridiza figura no

se escabullera de entre sus brazos.

—¡Suélteme! —gritó roncamente Edgar Atkins—. ¡Suélteme, maldito sea...!

Ryan no le soltó. Le había logrado aferrar por los brazos, reteniéndole en el asfalto.

Justamente entonces, apareció el oscuro automóvil, arrancando desde una cercana esquina donde, sin duda, estuviera oculto hasta entonces.

Pasó veloz ante ellos. Una ventanilla delantera se había bajado. Algo brilló siniestramente, a la luz del alumbrado callejero.

Ryan aplastó al muchacho contra el suelo, y rodó con él, dando volteretas ambos cuerpos, en un esfuerzo desesperado por huir de la muerte.

Un segundo después, esa misma muerte partía del coche oscuro, en forma de ráfagas de balas que hacían saltar fragmentos de asfalto, en busca de cuerpos húndanos donde clavar-se. La calle se llenó de estampidos. Un grito agudo de dolor partió del lugar donde los dos cuerpos se mantenían pegados a tierra.

Arriba, se abrió una ventana, asomó Ruth Winters, y sus gritos llenaron la noche:

—¡Edgar, hijo mío! ¡Edgar! ¡Socorro, asesinos...!

El coche oscuro se perdió calle abajo, con unos últimos estampidos de arma de fuego. Ryan Anders y el Joven Edgar seguían inmóviles, como muertos. Había sangre en el asfalto.

CAPÍTULO IX

Los coches-patrulla cercaban ya la zona. El sargento Flanagan, que acababa de llegar con otros patrulleros, se ocupaba de desviar el tráfico, para que no entrasen los automóviles ni los escasos peatones de la madrugada por el tramo de calle donde se veían los regueros de sangre, y la ambulancia, haciendo girar sus luces en el techo del vehículo, recibía en su interior el cuerpo rígido, casi cubierto por las sábanas, en urgente traslado al hospital.

Ruth Winters lloraba desgarradoramente, aferrada a Ryan Anders, su mirada fija en la ambulancia. Ryan la confortaba con firmeza:

—Serénese, Ruth. Por fortuna, Edgar no ha muerto. Su herida es grave, pero los cirujanos extraerán la bala y le salvarán. Es joven y fuerte. Lo soportará bien. No es desesperado su estado, ni mucho menos. El asesino pudo habernos matado a ambos, pero no lo logró.

—Gracias a su acción, Ryan —dijo entre sollozos Ruth—. Es lo que repite sin cesar mi hijo entre dientes. Dice que usted le hacía rodar para no ser herido... Pudo morir usted también...

—Claro que pude morir —la condujo, entre los policías y los expertos, hacia la ambulancia, sin soltarla de sus brazos—. El asesino creo que intentó liquidar a ambos a la vez. Su hijo era la víctima prevista. Y yo le estorbaba o le empiezo a preocupar, porque estoy muy cerca de la solución final. Lo cierto es que nos intentó asesinar a los dos. Vamos, Ruth, suba ahora a la ambulancia. Acompañe a su hijo al hospital. El médico y las dos enfermeras irán con usted en el coche... Tenga calma. Todo irá bien. Más tarde me reuniré con usted en el hospital...

Ruth Winters subió a la ambulancia, sentándose junto a la camilla donde yacía Edgar. A su lado, se situaron dos enfermeras y un médico de servicio. El vehículo sanitario partió en la noche, haciendo sonar su sirena.

Ryan se quedó en la acera, cerca de las manchas de sangre, en medio del resplandor de los faros y luces de los coches-patrulla de Scotland Yard. Cerca de él, el inspector Hildern y el sargento Flanagan se ocupaban de los aspectos rutinarios del servicio. Su tío

se quedó mirándole de pronto. Se aproximó a él muy despacio.

—De modo que intentaron matar al chico... —refunfuñó.

—Eso es. Lo hubieran hecho, de no estar yo aquí. El asesino esperaba en esa esquina.

—¿Pudiste verle?

—No. Todo fue muy rápido. Lo más importante era cubrirnos de los disparos, tío Mark.

—Sí, lo supongo... ¿Cómo diablos supiste que el muchacho vendría hoy por aquí?

—No lo sabía. Pero si llamaba con tanta frecuencia a su madre como para convencerla de que no debía denunciar su desaparición, pensé que si ella se alarmaba, le rogaría que viniese, siquiera fuese por un momento, esta misma noche, o ella se reuniría con él en alguna parte. En ambos casos, yo pensaba estar presente. Esperé, por si él venía o yo debía seguir a su madre a algún sitio. La suerte fue relativa. Acudió él..., pero sólo para correr el riesgo de morir.

—Ryan, algo aquí no tiene sentido. Si hay un asesino que quiere vengar la memoria de Rosé Winters... ¿por qué luego dispara contra alguien que lleva la sangre de los Winters en sus venas? Edgar es nieto de aquella mujer, después de todo...

—Lo sé. Y eso es lo que me sorprende. Me pregunto si ese muchacho, en su afán de saber la verdad del pasado, no habrá descubierto algo que puede desenmascarar al criminal... y éste le buscaba para matarle. Creo que Edgar tenía un motivo muy claro para ocultarse.

—¿Cuál?

—El miedo, río Mark.

—¿Él miedo? ¿A qué o a quién?

—Al asesino. Ese muchacho sabía algo... No sé si relacionado con estos crímenes de ahora... o con el VERDADERO ASESINO de *sir* Roger Montague, hace veintidós años...

—¿El asesino de *sir* Roger Montague? Fue ella, Rose Winters *la Rosa Negra*...

—Eso dijo el jurado. Eso dijo el juez. Pero ¿fue ella, realmente? Empiezo a pensar seriamente en que era inocente. Alguien mató a *sir* Roger, quizá para PROTEGER a Rose de algo. Ella, a su vez, protegió a esa persona, callando la verdad. Y pagó con la vida su lealtad a ese alguien. En justa correspondencia, al cabo de los años,

con un retraso que no acabo de entender, pero que ha de tener su explicación lógica, dentro de la lógica anormal y desorbitada de un cerebro enfermo..., el antiguo criminal procede a eliminar uno a uno a los que su mente culpable pretendía reprochar el trágico fin de Rose Winters.

—Es una deducción demencial, Ryan. Y muy compleja.

—Compleja, demencial y llena de contrasentidos, es la mente de un loco, no lo olvides, tío Mark.

—Cielos, cada vez me siento más lejos de la solución real... —se quejó amargamente el inspector Hildern.

—Yo, sin embargo, sé que cada vez estoy más cerca —sonrió Anders, enigmático.

—¿Tú? —se sorprendió el policía—. ¿Por qué supones tal cosa?

—Porque esta vez, el asesino trató de matarme a mí también. Disparó sobre ambos, eso es evidente. Incluso no me sorprendería que ya hubiese advertido mi presencia aquí, mis intenciones... y sólo aguardaba a matar dos pájaros de un tiro, eliminando al joven Edgar... y a mí.

—Supongo que eso es sólo una teoría, sobrino —refunfuñó Mark Hildern.

—Sólo una teoría —sonrió Ryan, sacudiendo la cabeza—. Pero confío comprobarla muy pronto.

—¿Cómo?

—Cuando ese muchacho se recupere y hable... creo que tendremos la solución final. Si alguien sabe quién es el asesino, ese alguien es nuestro asustado, y oculto hasta ahora, Edgar Atkins...

—Me pregunto cómo pudo saberlo ese joven —terció Flanagan, perplejo—. Yo también, sargento —afirmó Ryan, pensativo—. Yo también...

* * *

Hazel Barrow respiró con fuerza, echándose atrás en su asiento. Estaba fatigada. Había trabajado demasiado esa noche. Y ahora, su cuerpo le pedía reposo. En la redacción, ya no quedaba absolutamente nadie, excepto ella, preparando su artículo de la siguiente edición, con las últimas informaciones del caso de la rosa negra...

—Tengo que ir a dormir —consultó su reloj, sobresaltada—. ¡Las seis de la mañana! A este paso, podría trasladarme a vivir a esta redacción...

Apartó los periódicos que se amontonaban ante sí. Sus ojos tenían todavía un brillo excitado, consecuencia de sus últimas pesquisas en el pasado, a través de la jungla de papel de los viejos periódicos de la hemeroteca del *Sunday*.

Allí estaba, amarillenta y olvidada, la historia de Rose Winters, de su vida agitada, de su procesamiento y muerte... Allí había encontrado ella la clave de los crímenes, el oculto motivo de un asesino demencial, para deshacerse de todos los miembros de un jurado cuyo único pecado fue dejarse llevar por el criterio general de entonces, y considerar a la Rosa Negra culpable de homicidio.

Pero esta noche, Hazel se había sentido agitada por una serie de acontecimientos que prestaban un nuevo cariz al asunto. Un cariz muy diferente y que, en cierto modo, coincidía con las teorías de Ryan Anders.

El propio Ryan la había llamado, más de una hora antes, para informarle de lo sucedido al hijo de Ruth Winters, y de sus sospechas sobre la posibilidad de que el mismo asesino de ahora fuese también el que mató a *sir* Roger Montague más de veinte años atrás.

Ella, movida por esos informes y confidencias, había tenido la idea de hurgar de nuevo en el pasado, revisando viejos reportajes, artículos, crónicas olvidadas...

Y lo encontró.

Había dado con la clave del asunto, perdida virtualmente entre torrentes de letra impresa, en las informaciones sensacionalistas de entonces.

Antes de irse a descansar, era preferible informar a Ryan y al inspector de lo que sabía. Tomó el teléfono, mientras ahogaba un bostezo, y marcó el número de Ryan Anders. El teléfono repiqueteó varias veces, sin que nadie lo descolgara.

—Es incansable... —se dijo entre dientes, yendo a por una taza de café—. Seguro que sigue por ahí husmeando..., sin acordarse siquiera de irse a dormir.

Repitió suerte con Scotland Yard, para localizar a Mark Hildern. Tampoco tuvo suerte, aunque esta vez, cuando menos, alguien se

hizo cargo de la llamada.

—¿Señorita Barrow? ¡Oh, sí, claro que le conocí la voz! Soy Flanagan, señorita Barrow. ¿Quiere algo? El inspector sigue con el asunto del joven Atkins, el nieto de Rose Winters... Creo que fue al hospital, junto con el señor Anders... Pero que yo sepa, el joven Edgar Atkins no ha vuelto aún en sí, tras la intervención quirúrgica en que le ha sido extraída la bala. Su estado sigue siendo grave...

—Gracias, sargento. Sólo quería informar al inspector de que he dado con la solución.

—¿La... *qué*? —Sonó atónita la voz del sargento irlandés.

—La solución final, Flanagan. Ahora ya sé que otra persona mató a *sir* Roger Montague. Y esa misma persona ha Vuelto ahora, tras tantos años, para matar al jurado... ¿Sabe por qué tardó tanto en producirse la venganza?

—¿Cómo puedo saberlo, señorita Barrow? Al inspector le hará feliz saberlo también...

—Muy sencillo: el asesino estaba loco. Lo estaba ya entonces. Fue internado por esa enfermedad, y pasó muchos años recluido. Al parecer, totalmente curado, salió del manicomio y debió adoptar otra personalidad, para cometer sus actos vengadores...

—¿De veras? Cielos, eso es fantástico... Pero ¿sabe usted quién era él?

—Sí, sargento; alguien de quien nadie ha hablado apenas. Un personaje que ignorábamos existiera. El hermano de Rose Winters...

—¡Un hermano de la Rosa Negra! —exclamó Flanagan, tras un largo silencio de asombro—. Pero..., pero ¿dónde está él ahora?

—Es lo que falta por descubrir. Pero he encontrado un viejo diario donde aparece una fotografía suya. Lo cierto es que me resulta familiar en cierto modo..., aunque no logro identificarlo. Los expertos de Scotland Yard seguro que lo harán.

—Seguro —afirmó Flanagan con entusiasmo—. Bien, señorita Barrow. Informaré enseguida que me sea posible al inspector Hildern. ¿Dónde le digo que estará usted, para que la llame? Supongo que no puede tardar más de veinte minutos...

—Dígale que voy a mi casa —suspiró Hazel Barrow—. Ya dejo la redacción ahora y... No, no. Mejor aquí, en el periódico. Ahora no queda nadie en las oficinas. Iba a irme a dormir, pero creo que la excitación no me dejará conciliar el sueño. Al menos, no hasta que

sepa lo que el inspector piensa de todo esto. Dígale, por favor, que le espero aquí hasta las siete y cuarto. Si a esa hora no ha llamado, me iré a dormir.

—Conforme, señorita Barrow. Buenas noches... o buenos días ya. Colgó Hazel, satisfecha. Apuró su café, y comenzó a pasear entre las mesas de redacción, fumando un cigarrillo.

Sin apenas darse cuenta, pasaron los minutos. Cuando consultó su reloj de nuevo, ya pasaban de las seis y media. Encendió otro cigarrillo, y se sirvió un nuevo café. En ese instante, sonó la puerta de acceso a la redacción. Unas pisadas sonaron en el corredor.

Se volvió Hazel, animosa.

—Oh, inspector, ¿ya está aquí? —preguntó risueñamente—. Empezaba a impacientarme ya y...

Se detuvo. No era el inspector Hildern. Pero tampoco se inquietó por el recién llegado.

Era, cuando menos, alguien de confianza.

—Oh, buenos días, sargento Flanagan —saludó—. ¿Viene usted solo?

—Completamente solo, señorita Barrow —sonrió el policía irlandés, acercándose a ella—. El inspector tardaba en venir, y pensé que sería mejor acudir a hacerle compañía.

Su vida podría estar en peligro...

—¿En peligro? —se extrañó ella—. ¿Por qué?

—Bueno, usted ha visto una fotografía antigua del asesino. Imagine que él se entera, y supone que la ha identificado ya, relacionándola con alguien a quien conoce...

—Pero es que *no* la he identificado aún... —comenzó Hazel, sorprendida. Luego, de repente, enmudeció. Sus ojos estaban clavados en Todd Flanagan, el sargento de policía de New Scotland Yard, adscrito a Homicidios. Una rara palidez asomó a su rostro. Justo entonces IDENTIFICO el rostro de la vieja fotografía.

Y Flanagan se dio cuenta en el acto.

Sonrió al hablar con voz suave:

—¿Lo ve, señorita Barrow? Usted YA HA IDENTIFICADO esa fotografía... Ahora, usted ya *sabe* que YO SOY EL HERMANO DE ROSE WINTERS *la Rosa Negra*...

Y extrajo su mano del bolsillo.

Entre los dedos enguantados de la diestra del sargento Flanagan,

descubrió Hazel una larga aguja de acero punzante... y una rosa de negros pétalos de terciopelo.

CAPÍTULO X

—Flanagan... *Usted...*

—Un policía es, ante todo, un hombre. Un ser humano... —sonrió tristemente Todd Flanagan—. Antes de ser el sargento Flanagan que usted conoce, mi nombre real era Ian Todd Winters, hermano de Rose. Tengo cuarenta y dos años, y maté a *sir* Roger Montague hace ya mucho tiempo, cuando yo era muy joven... Quise proteger así a Rose, a quien *sir* Roger pretendía hacer encarcelar, denunciándola para deshacerse de ella... acusándola de cosas horribles. Era un cerdo con aire de honorabilidad, señorita Barrow.

Por eso lo maté.

—Pero..., pero Rose... pagó por ello —gimió Hazel, lívida.

—Eso nunca pude preverlo. La acusaron del crimen. Quise salvarla, y no me fue posible. Por entonces, sufría frecuentes ataques de epilepsia, épocas de amnesia...

Decían que estaba enfermo de la mente, que acaso estaba loco...

—Y lo estaba, Flanagan. Y sigue estándolo... —acusó ella fríamente.

—¡Cállese! —rugió él, enfurecido—. No siga, estúpida... No hable así. ¡Yo no estoy loco! ¡Nunca lo estuve! Pero por entonces, al saber que acusaban a Rose... sufrí una crisis. Perdí mi memoria, caí en un estado lamentable... ¡y me encerraron! ¡Aquellos imbéciles me consideraron mentalmente insano, y me recluyeron en un centro psiquiátrico del Estado!

—Y no pudo declarar, salvar a Rose...

—No, no pude... —Había un grotesco, temible patetismo en el sargento, cuyo rostro aparecía transfigurado ahora—. Mi pobre hermana fue al patíbulo. Tardé años en saberlo... Todos en la familia procuraban olvidarme. Incluso Ruth, mi sobrina... Creo que subconscientemente, me apartó de sus recuerdos, me enterró en el olvido... ¡Yo dejé de existir para todos! Luego, al cabo de muchos años..., salí del manicomio. Estaba curado, decían aquellos perros. ¡Curado! Como si alguna vez hubiera estado enfermo...

—Quizá curaron su amnesia, sus epilepsias..., pero no su demencia, Flanagan. Usted sigue estando demente.

—¡No dirá eso durante mucho tiempo, Hazel Barrow! —jadeó él—. Cuando clave esta aguja de acero en su corazón... dejará de existir en poco tiempo. La punta lleva una sustancia tóxica muy rápida, preciosa... No sufrirá mucho. La encontrarán con una negra rosa encima. Yo diré que la encontré ya así, una vez más. Nunca sospechan de mí. Nadie sospecha nunca de un policía. Después de todo, yo regresé a Irlanda, nuestra tierra natal. Ya recordará usted que Rose nació en Dublín, como yo... Regresé, estudié de nuevo, me hice un nombre diferente... Adopté el nombre e identidad de un Flanagan a quien allí conocía. Cuando Scotland Yard me aceptó como policía, y solicitó mis referencias personales, mis informes eran excelentes. Eran los de *otro* Flanagan, claro. Yo acababa de nacer como tal. Ascendí a sargento en poco tiempo, por méritos propios. Y me hice hombre de confianza de mis superiores. Hace poco, pasé a Homicidios. De haber sido antes, yo hubiera sabido que el sobrino del inspector sólo tenía veintiocho años y no podía ser el otro Ryan Anders del proceso... Lo supe demasiado tarde ya. Cuando mi bala mató a su prometida por cruzarse en la línea de tiro...

—Y por eso murió Percy Wade... El llamó... y usted recogió la llamada, como hizo ahora conmigo... —recordó Hazel—. Por eso no recibió la rosa negra por correo, sino que fue depositada por usted mismo, como hará ahora conmigo...

—Eso es. Nadie sospecha de un buen policía de aspecto algo rudo y noblote —rió entre dientes Flanagan con malévola expresión de complacencia. Sus ojos destellaban como los del hombre que realmente era: un enfermo mental, un loco peligroso...

—¿Por qué quiso matar a Edgar, su sobrino? —quiso saber Hazel—. Es de su sangre...

—El muy imbécil... Quiere saberlo todo sobre su abuela Rose... Indagó demasiadas cosas, supo que había un hermano llamado Ian Todd... Un irlandés, pelirrojo como su abuela y como su madre... ¡Yo! podía ser peligroso. Resolví eliminarlo. Y al mismo tiempo a Anders, que investiga demasiado... Yo sabía que él iba a vigilar a Ruth Winters. Bastaba esperar... Y esperaré... Siempre he jugado con ventaja en esto, ya que sabía el movimiento de todos mis adversarios, antes de producirse. Así seguirá siendo... ¡hasta que caigan todos!

—Es una venganza absurda, Flanagan... Usted es el único responsable de todo aquí. Usted es quien debería pagar por tanta sangre derramada estúpidamente...

—Lo siento, pero no será así —replicó él agriamente—. Será usted, Hazel Barrow, la que pague con su vida la curiosidad que tuvo... Esa fotografía vieja desaparecerá de sus archivos y ya nada... ¡NADA!... podrá delatar a Todd Flanagan, sargento de policía, relacionándole con Ian Todd Winters, el vengador...

Y la aguja temible de acero destelló en su mano, al alzarse hacia el corazón de Hazel Barrow, a cuyos pies cayó en esos momentos la temible rosa negra que significaba la muerte cierta...

CAPÍTULO XI

El disparo destrozó la aguja, rompiéndola en tres pedazos, que saltaron de la enguantada mano de Todd Flanagan.

Éste giró la cabeza, con un aullido de cólera, desencajada la expresión, desorbitados sus ojos, convertido en la auténtica imagen de la demencia en esos momentos.

—¡Maldito! —aulló—. ¡Usted otra vez...!

—¡Ryan! —gritó Hazel, patéticamente, sintiendo temblar sus piernas, al tiempo que corría hacia la entrada, donde Ryan Anders, erguido, sereno, sostenía en su mano una pistola automática, cuya bala acababa de desarmar a Flanagan-Winters.

—No se mueva, sargento. No quiero matarle —avisó fríamente Ryan—. Es mejor que la justicia se ocupe de usted, y le sentencie a presidio o a otra cárcel aún peor para usted, que se cree tan sano mentalmente: ¡el manicomio!

—¡No, allí no! ¡Nunca! —rugió Flanagan, exasperado, precipitándose sobre Hazel cuando ésta intentaba llegar hasta Ryan en su carrera.

Anders no dudó. Hizo un segundo disparo. Esta vez, la bala alcanzó en un muslo a Flanagan. El policía exhaló un alarido de dolor y cayó por el suelo, revolcándose con rabia, exasperada su demencia hasta límites increíbles. La sangre corrió por su pantalón, dejando surcos en el suelo de la redacción del *Sunday*.

—Dije que no se moviera, Flanagan —avisó duramente Ryan—. Esto ha terminado ya para usted... y, afortunadamente, para todos...

—Ryan..., ¿cómo supiste...? —Hazel había llegado junto a él, y le abrazaba con fuerza, pegándose a él—. ¿Cómo pudiste llegar tan a tiempo...?

—Sospechaba ya de Flanagan desde hace poco. Realmente, la llamada de Percy Wade sí se grabó en cinta magnética, sin saberlo Flanagan, por los servicios telefónicos de Scotland Yard. Por su grabación supimos que él nos ocultó un detalle fundamental: el hecho de que Wade mencionara a las víctimas como *amigos* suyos,

no como vulgares nombres conocidos. ¿Por qué mentía Flanagan? Eso hizo que tío Mark hiciese grabar todas las llamadas a su oficina. Así supimos hace un momento lo de tu llamada... justo cuando volvíamos del hospital, donde pese a su grave estado, en su delirio, Edgar Atkins habló de un hermano de Rose, un tal Ian Todd, irlandés... Asocié eso de «Todd» con Flanagan, con su origen irlandés... y corrí aquí, temiendo lo peor, al saber que Flanagan había salido de Scotland Yard sin decir adónde iba... Se iba a repetir lo de Wade si no me apresuraba... Por fortuna, me apresuré. Y estás a salvo...

—Ryan, Dios te premie esto... ¿Y tú tío Mark?

—Lo adelanté por el camino —sonrió Anders—. Debe estar llegando. ¿No oyes las sirenas?

—Hubiese llegado tarde...

—Sí, pero no se lo menciones —rió el joven—. Creo que no lo soportaría, con lo que opina de nosotros, los detectives aficionados...

Pese al dramatismo del momento, Hazel no pudo evitar una sonrisa.

* * *

—Bien, caballero andante. Te felicito. Salvaste a la dama en peligro...

—Te veo muy sarcástico hoy, tío Mark.

—Ya sólo te falta la boda, para el final feliz de las novelas...

—La boda... —Ryan inclinó la cabeza. Negó, despacio—. Hazel es una chica encantadora. Me gusta. Quizá llegue a ser mi esposa, no sé... Pero no ahora. Todavía no, tío. Está demasiado reciente todo... Demasiado.

—Sí, entiendo. —Mark Hildern apoyó una mano firme en el brazo de su sobrino—. De todos modos, la vida sigue, muchacho. Y cuando haya pasado algún tiempo... tú mismo verás tu camino, no lo dudes... Y estoy seguro de que, entonces, las cosas serán como yo supongo.

—Quizá entonces. Pero no ahora. Hazel y yo somos buenos amigos. Seguiremos siéndolo. Pero eso será todo. Escribiré mi libro, y Ruth Winters verá su vida resuelta... También es una buena amiga y necesita ayuda.

—Pero Ruth es mayor que tú. Es diferente a Hazel. Estoy seguro de que elegirás a la que salvaste la vida...

—Puede ser —sonrió Ryan tristemente—. Hablaremos de ello dentro de algún tiempo. Quizá un año. Quizá menos. No sé...

Fue menos de un año. Y el inspector-jefe Hildern acertó de lleno.

Ryan Anders eligió. Y Hazel Barrow fue la elegida.

En aquella boda, no hubo rosas negras, sino rosas blancas y rojas sobre un traje de novia.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Teléfono de New Scotland Yard. < <

[2] Black Rose. En inglés, Rosa Negra. < <